

APUNTES PARA EL ESTUDIO  
DE LA TRAYECTORIA QUE DESDE EL *¿UBI SUNT?*  
LLEVA HASTA EL “¿QUÉ LE FUERON SINO...?”  
DE JORGE MANRIQUE

“ni cogeré las flores...”

1.1 El lugar común conocido como el *¿Ubi sunt?*, con que se recalca el carácter transitorio del hombre y de sus cosas y la futilidad de las ambiciones mundanas, tuvo en las letras medievales europeas e hispanas amplia difusión, debida a la influencia directa o indirecta de los Padres griegos y latinos, a la ascesis monástica, a la predicación — y a los ejercicios retóricos de escuela —, a la literatura de visiones de ultratumba, de debates (entre alma y cuerpo, y de vivos y muertos) y, en general, a los escritos didácticos sobre la brevedad de la vida y de increpación al mundo. Su origen se ha señalado en la Biblia y en la tradición grecolatina<sup>1</sup>, aunque,

---

<sup>1</sup> La evolución eclesiástica del *¿Ubi sunt?* ha sido rastreada por E. GILSON en su hermoso ensayo *De la Bible à François Villon*, en *Les idées et les lettres*, 12 ed., París, 1955, págs. 9-38 [la primera ed. es de 1932], en el que afirma resueltamente el entronque del tópico con la Sagrada Escritura (pero sin entrar en el significado de los lugares bíblicos citados). L. J. FRIEDMAN, en una breve nota titulada *The 'Ubi sunt', the Regrets and Effictio*, en *Modern Language Notes*, LXXII, 1957, págs. 499-505, se inclina, en cambio, hacia el origen clásico, remontándose a la retórica funeraria griega; pero considera el uso de la fórmula *¿Ubi sunt?* en composiciones caracterizadas por una finalidad que aquí nos interesa mantener bien distinta: la de la rememoración acongojada de la belleza femenina. Como tercer hito bibliográfico citaré el estudio, muy amplio y matizado, que se titula con sana modestia *Contributi alla storia del 'Ubi sunt'*, en *Cultura neolatina*, XX, 1960, págs. 142-209. Su autora, M. LIBORIO, amplía considerablemente el repertorio bibliográfico publicado por GILSON como apéndice del citado ensayo (págs. 31-38), presta más atención al ámbito

por darse en expresiones muy alejadas en el tiempo y en el espacio y de hecho responder a una situación siempre renovada de la experiencia humana, se ha pensado también en la poligénesis<sup>2</sup>.

1.2 Ha de reconocerse, sin embargo, que los hitos señalados hasta ahora para la historia del *¿Ubi sunt?* son muy distintos entre sí y bastante heterogéneos, que se afirma su pertenencia al acervo de los lugares comunes, pero sin saberse a punto fijo por qué proceso se moldeó como tópico<sup>3</sup>, y en qué contextos o con qué finalidades se usa, y, sobre todo, que se le nombra como cosa consabida sin haberse definido su naturaleza en cuanto a contenido y forma, ni haberse deslindado sus contornos.

1.31 La etiqueta por la que se conoce el sintagma interrogativo inicial, ha influido negativamente en su estudio, tanto

---

romance, e intenta sacar unas líneas directrices para el estudio de nuestro tema, pero dejando un amplio margen para ulteriores aportes y puntualizaciones. La bibliografía esencial hispánica la señalamos en las notas siguientes, adelantando solo la mención de J. F. GATTI, *El 'Ubi sunt' en la prosa medieval española*, en *Filología*, VIII, 1962, págs. 105-121.

<sup>2</sup> Así aún recientemente R. A. BORELLO, en unos apuntes titulados *Para la historia del Ubi sunt*, en *Lengua-Literatura-Folklore, estudios dedicados a Rodolfo Oroz* (Santiago de Chile, 1967), págs. 81-92, basándose en C. H. BECKER, *Von Werden und Wesen der islamischen Welt. Islamstudien*, Viena, 1924, vol. I, pág. 518. Un lugar muy asequible para ver aquilatada la tesis "árabe" de J. VALERA es M. MENÉNDEZ PELAYO, *Antología de poetas líricos castellanos*, vol. II, en *Obras completas* (Madrid, C. S. I. C., 1944), págs. 396-398. J. F. GATTI, en su ensayo, promete estudiar el *¿Ubi sunt?* en la literatura hispano-árabe (*loc. cit.*, pág. 106). Muy útil para apreciar la complejidad y vicisitudes de temas que trasmigraron de Oriente a Occidente, ya dentro de su desarrollo histórico, es el estudio de T. BATIOUCHKOF, *Le débat de l'âme et du corps*, en *Romania*, XX, 1891, págs. 1-55 y 513-578.

<sup>3</sup> Por *tópico* entendemos aquí el "tópico histórico" en el sentido en que lo emplea E. R. CURTIUS para diferenciarlo de los *koínoi topoi* o *loci communes* de la retórica clásica (o sea las "sedes" para el hallazgo [*inventio*] de los argumentos aptos para la retórica judicial); nos hallamos más cerca de las *theses disputandae* como las que propone QUINTILIANO (cf. "rusticana vita an urbana potior? iuris periti an militaris viri laus maior?", II, 4.24). No hará falta recordar que en la antigüedad feneciente — cuando el panegírico se había quedado como único tipo de discurso público — gracias al continuo comercio entre la retórica y el ejercicio literario, muchos motivos nuevos entraron en el dominio de aquélla; cf. E. R. CURTIUS en *Antike Rhetorik und vergleichende Literaturgeschichte*, ahora en *Gesammelte Aufsätze zur romanischen Philologie*, Berna, 1960, pág. 7.

por la exclusión de pensamientos análogos de la literatura de la caducidad que se expresan con modos sintácticos distintos (no impidiendo, sin embargo, que éstos se confundan a veces con él<sup>4</sup>), como por la inclusión de pasajes caracterizados por la misma hechura sintáctica, pero de contenido o connotación distintos (así, p. ej., las increpaciones a la ausencia de las virtudes, particularmente las virtudes civiles necesarias para el bien común, como la de Cicerón: “Ubinam ille mos, ubi illa aequitas iuris, ubi illa antiqua libertas?” (*Pro Cn. Plancio* 13: 33), o las lamentaciones que luego veremos.

1.32 Se da por supuesto que la forma global del tópico sea la interrogativa, pero ello no impide que a veces los editores transcriban los textos correspondientes sin suplir los signos de interrogación. También parece haber unanimidad acerca de su carácter repetitivo y su disposición paralelística con anáfora; pero ha habido quien señalara como tópico la pregunta escueta sin tales características.

1.4 No creo que pueda hacerse un estudio fehaciente de nuestro tema sin un *corpus* aún mucho mayor de pasajes (y correspondientes contextos), y sin considerar también las otras formas en las que se expresa la caducidad (y su superación), sopesadas contra un fondo histórico-doctrinal.

Aquí, más que aportar nuevas citas — aunque también aportamos algunas —, nos proponemos recorrer el terreno ya trillado para ver si podemos deslindarlo mejor en cuanto al contenido e interpretación del tópico y articularlo en cuanto a la forma, enderezando nuestros esfuerzos hacia una nueva lec-

<sup>4</sup> Valga como forma no interrogativa ni retórica de contenido equivalente al *¿Ubi sunt?* este pasaje de la *Epístola paraenética ad Valerianum cognatum* de S. EUQUERIO, obispo de Lyon: “Recentium inclitorumque regnorum apud nos jam quaedam fabula est. Omnia illa, quae hic erant magna, modo jam nulla sunt. Nihil, ut puto, immo ut certo scio, ex illis opibus, honoribus, regnis, secum abstulerunt, nisi (si qua in his fuit) fidei pietatisque substantiam”, en *PL*, I, 717B. La amplísima bibliografía sobre el tema de la caducidad se detiene poco o casi nada en la expresión verbal. Únicamente al tema se refieren en este caso las escasas anotaciones de E. R. CURTIUS en su obra clásica *Europäische Literatur und klassisches Mittelalter*; cf. en la ed. francesa, que tengo a la mano, *La littérature européenne et le Moyen Âge latin*, París, 1956, las págs. 100-102.

tura del documento más insigne que lo contiene, las *Coplas* de Jorge Manrique por la muerte de su padre.

2.1 En el Antiguo Testamento, leído en su contexto, el *¿Ubi sunt?* no se destaca aún como forma modelo o tópico, y ni siquiera se halla entre las reflexiones y figuras que expresan la idea de la caducidad, concentradas principalmente en los libros sapienciales. En el Nuevo Testamento, donde la idea de la caducidad es del todo secundaria, el *¿Ubi sunt?* por ocurrir en una cita se acerca al tópico (v. i. 2.13), pero inculca la derrota de la soberbia humana, y sólo indirectamente la idea de la caducidad.

2.11 Dejando a los biblistas el examen autorizado de los pasajes de las escrituras que se han aducido en estudios anteriores sobre el *¿Ubi sunt?*, los entresacaremos comentándolos en lo más obvio.

Hemos de advertir, en primer lugar, que por medio del adv. *ayeh ¿dónde?* (a cuya versión la Biblia latina agrega el verbo *esse*), el texto sagrado niega implícitamente la existencia; así ocurre cuando Yahveh pregunta a Job: "Ubi eras quando ponebam fundamenta terrae?" (38:4), o el rey de los asirios al pueblo de Israel: "Ubi est deus Emath, et Arphad? ubi est deus Sepharvaim, Ana, et Ava? numquid liberaverunt Samariam de manu mea?" (IV Re. 18:34).

La constatación de la inexistencia va envuelta en connotaciones de variado matiz, que asumen el tono de reproche, p. ej., cuando los gentiles exclaman "Ubi est Deus eorum?" (Ps. 113B:2), de triunfo, cuando S. Pablo pregunta en son de reto: "Ubi est, mors, victoria tua? ubi est, mors, stimulus tuus?" (I Cor. 15:55). De este tipo serán, en la literatura mediolatina y vernácula, las increpaciones contra la fortuna, como las del Arcipreste de Talavera: "Di, falsa burladora, ¿dó tu fortaleza?, ¿dó tu orgullo, Fortuna?, ¿dó tu ponpa e vanagloria?, ¿dó tu brío e loçanía?"<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> *El Arcipreste de Talavera*, ed. L. B. Simpson (Berkeley, University of California, 1939), pág. 328. Un poco más adelante prosigue con las mismas increpaciones: "Di tú, pues agora, ¿dónde son tus solazes? ¿Dónde son tus plazerres

2.12 Aun en los pasajes señalados expresamente como hitos en la historia del *¿Ubi sunt?* no priva la idea de la caducidad. La interrogación de Isaías “¿Dónde está el que contaba, dónde el que pesaba, dónde el que llevaba cuenta de las joyas?” (33:18) se interpreta hoy comúnmente como profetizando un porvenir en que el pueblo de Israel contemplaría pasmado el aniquilamiento repentino de sus conquistadores asirios<sup>6</sup> para deducir de ello *e converso* la victoria de Yahveh, que es lo que importa ensalzar.

En el libro de Job, la pregunta “Ubi est domus principis? Et ubi tabernacula impiorum?” (21:28) transforma en interrogativas las afirmaciones de los amigos del protagonista acerca de la ineluctabilidad de la justicia de Dios contra los malvados, cual ellos, los ortodoxos, la concebían (cf. 18:15-21, 20:9).

En el libro deuterocanónico atribuido al secretario de Jeremías, Baruc, la pregunta, ya formulada por extenso, está subordinada a la idea de que la sabiduría es un bien altísimo que no han hallado siquiera los príncipes de esta tierra (v. q. Jer. 27:6). Lo cual ha de tenerse en cuenta cuando se

---

y gasajados? ¿Dónde están los que de non nada feziste? ¿Dónde están los que tanto ayudaste? Di, pues, agora, que te vengan ayudar e a valer”, pág. 330. De tono semejante son las preguntas que Anás le dirigirá a Jesús en el Romancero nuevo: “¿Qué es de tu predicación? Tus doctrinas ¿dónde son? ¿Dónde está tu compañía?”, en *BAE*, XXXV, pág. 372b. Lo que se presta también para reproches de desengaño amoroso: “¿Dónde son las falsas juras? . . .”, en *Sumas de historia troyana*, ed. A. Rey (Madrid, 1932), pág. 106, citado por J. F. GATTI, pág. 121, y en el ámbito más abstracto para la condena del “mundo” y la sátira social. Así H. Mexía: “¿Dó la fe? ¿dó la verdad?, / ¿dó la paz?, ¿dó la mesura? /.../ ¿Dó los reinos bien regidos? /.../ ¿Adó los sabios sabidos?”, en *NBAE*, XIX, pág. 270. En otros muchos textos hallamos la forma comparativa positiva, que puede considerarse como una variante retórica del superlativo, y que nos aparta por completo de nuestro tópico, cf. FRANCISCO DE LA TORRE en la *Visión delectable*: “¿Adó hay más intemperanza et más sueltos los frenos de la gula? ¿Adó los adulterios no corregidos ni reprehendidos? ¿Adó las ilícitas ganancias de la simonía? . . .”, en *BAE*, XXXVI, pág. 378. [En algunas de éstas y otras citas introduzco las modificaciones gráficas y de interpretación que me parecen necesarias].

<sup>6</sup> Cito de la *Biblia de Jerusalén*, Bruselas, 1967. El texto es dudoso; “joyas” es aquí enmienda por heb. “torres”. La Vulgata, que es el texto que importa para la tradición medieval, reza unánimemente en toda la tradición: “Ubi est litteratus? Ubi legis verba ponderans? Ubi doctor parvulorum?”.

lee el pasaje, tan traído y llevado en la historia de nuestro tópico, que reproducimos aquí en la distribución siguiente:

Ubi sunt principes gentium, et qui dominantur super bestias quae sunt super terram?

qui in avibus caeli inludunt, qui argentum thesaurizant, et aurum, in quo confidebant homines,

et non est finis acquisitionis eorum?

qui argentum fabricant, et solliciti sunt, nec est inventio operum illorum? (3:16-18).

2.13 En el Nuevo Testamento el pasaje ya citado de Isaías reaparece en S. Pablo. Escribiendo su primera epístola a los habitantes de Corinto, ciudad de floreciente cultura griega, el Apóstol refuta las discordias entre cristianos y las pretensiones de sabiduría humana apelando (1:29) a la Escritura y en particular a las palabras del profeta “Perderé la sabiduría de los sabios, y eclipsaré el entendimiento de sus entendidos” (Is. 29:14). Tras de lo cual introduce las preguntas que ya conocemos, adaptadas libremente de la versión griega de los LXX: “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo?” (*ibid.* 20)<sup>7</sup>.

El argumento se esgrime aquí contra las razones meramente humanas (y de los artificios de la retórica, según algunos), como en Isaías se había esgrimido contra los consejeros de una política de oportunismo; por lo cual la constatación de la caducidad subyace a otro argumento: el de la victoria de la Cruz de Cristo. Aun admitiendo, pues, las buenas razones de E. Gilson, no nos extraña, por los motivos que luego veremos, que los que habían estudiado nuestro tema anteriormente no se remontaran hasta la Biblia<sup>8</sup>.

2.14 El corto número de los pasajes bíblicos que pueden aducirse bajo la rúbrica del *¿Ubi sunt?* y el carácter heterogéneo de su contenido los excluye de la naturaleza de tópico.

<sup>7</sup> La Vulgata aquí reza: “Ubi sapiens? ubi scriba? ubi conquistator huius saeculi?” con correspondencia libre para con el texto de Is. según los LXX, significativamente sólo en los dos primeros miembros de la enumeración.

<sup>8</sup> Cf. el propio Gilson, *loc. cit.*, pág. 14, núm. 1.

Pero por ser la inexistencia una constatación de carácter universal como las propias de los lugares comunes (“quia de universa retractari solent ‘communes’ a veteribus nominati sunt” (*De or.* III, XXVII, 106), y por tener su formulación por S. Pablo carácter de cita en un contexto de alta tensión dialéctica, el pasaje aludido (de *I Cor.* 1:29) pudo muy bien grabarse en la memoria, junto con el de Baruc (3:16-18) y otras citas bíblicas entresacadas del contexto. Su forma reiterativa paralelística de articulación binaria y ternaria la haría modelo productivo y luego, sin que podamos documentar bien cómo, lugar común, en el sentido que indicamos arriba, al quedar atraídas dichas citas en el ámbito de las afirmaciones de la caducidad y muerte, junto con las maldiciones (cf. especialmente *Deut.* 28 y *Lev.* 26) y las amenazas escatológicas de los profetas; y más en cuanto que la pregunta en el sentido que veremos ser propio de nuestro tópico, resuena, aislada, en el libro de Job:

si ascenderit usque ad caelum superbia eius et caput eius nubes tetigerit, quasi sterquilinum in fine perdetur, et qui eum viderant, dicent: Ubi est? (20:6-7).

y en el profeta Zacarías:

Patres vestri ubi sunt? et prophetae? (1:5).

2.15 Como argumento negativo deslindante agregaremos que el *¿Ubi sunt?* de por sí no tiene conexión con la supervivencia ultraterrena. Tal nexa era del todo ajeno a los pasajes veterotestamentarios que citamos, como en general a los libros del Antiguo Testamento anteriores al s. II a. C. La propia contestación de Baruc al pasaje citado, “Exterminati sunt, et ad inferos descenderunt, et alii loco eorum surrexerunt” (49), sólo alude a un trasmundo infraterreno de sombras, de *šeol*, que apenas si se distingue de la nada, como el *hades* en la concepción más antigua de los poemas homéricos (“Olivioni tradita est memoria eorum... nec opus, nec ratio, nec sapientia, nec scientia erunt apud inferos, quo tu properas” (*Ecl.* 9:5 y 10). Por lo cual sería absurdo buscarle al *ubi* ese valor indicativo de un lugar que su naturaleza gramatical de por sí sugie-

re. Claro está que cuando el cristiano leía y traducía literalmente la contestación de Baruc (“descendieron a los infiernos”<sup>9</sup>) podía tomar la pregunta en sentido literal, y así lo hará D. Quijote contestando a su escudero y discípulo:

Dígame, señor —prosiguió Sancho—: esos Julios o Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos, ¿dónde están agora? — Los gentiles —respondió don Quijote—, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, o están en el purgatorio, o en el cielo (II, 8, 10)<sup>10</sup>.

Pero aun cuando aflora, la preocupación escatológica flota, por decirlo así, en los márgenes del tópico (“Ceciderunt in profundum ut lapides / Quis scit an detur eis requies?”<sup>11</sup>) y no se siente como parte integrante de él; por lo cual nos parece más genuina la contestación que da a las palabras de Baruc el judío aragonés Pedro Alfonso (bautizado en 1106) en el ejemplo XXXIV de su *Disciplina clericalis*:

Modo sunt sicut qui non fuerunt [cf. *Sab.* 2:2], modo sunt finiti sicut qui non vixerunt, modo sunt sicut flos qui de arbore cecidit, qui ulterius non redit<sup>12</sup>.

En el Nuevo Testamento la cita de Isaías por el Apóstol participa de la doctrina escatológica que informa las Epístolas paulinas. Sin embargo, no modifica sustancialmente el sentido intrínseco al que va encauzada la pregunta: aquellos sabios han desaparecido y su desaparición demuestra la derrota de la sabiduría humana.

2.21 En el ámbito de la antigüedad clásica, tanto en griego como en latín, volvemos a encontrar la fórmula que hasta

<sup>9</sup> Cf. la traducción castellana, p. ej., en el *Espéculo de los legos*, ed. J. M. Mohedano Hernández, Madrid, 1951, pág. 42.

<sup>10</sup> Ed. F. Rodríguez Marín, Madrid, 1948, vol. IV, pág. 188.

<sup>11</sup> Aparecen estos versos tras la adaptación del *¿Ubi sunt?* en un himno del s. XI que cita E. GILSON, *loc. cit.*, pág. 21.

<sup>12</sup> Cf. la ed. A. González Palencia, Madrid-Granada, 1948, págs. 86-87. El pasaje lo pronuncia un ermitaño (figura tipo en la literatura del *memento mori*).

ahora citábamos por la Vulgata, en perfecta correspondencia semántica en cuanto a fuerza negadora: “Fortis ubi est Ajax”, pregunta Ulises a los griegos en los versos de Ovidio, “ubi sunt ingentia magni / verba viri? cur hic metuis” (*Met.* XIII, 340-341); escribe Séneca a Lucilio (CVII, 1): “Ubi illa prudentia tua? Ubi in despiciendis rebus subtilitas? Ubi magnitudo? Iam pusilla res te angit?”, pero encauzada más resueltamente bajo la rúbrica de la caducidad. Así en los versos de autor trágico no identificado, que cita Plutarco en su *Consolatoria a Apolonio* para ilustrar la equivalencia entre lo que sigue a la muerte y lo que precede al nacimiento (o sea “nada”): “¿Dónde están las maravillas de antaño? ¿Dónde Cresos, el poderoso señor de Lidia, y Jerjes, que subyugó el Helesponto?” (110 D).

Así en los *Pensamientos* de Marco Aurelio: “¿Dónde están ahora los que se rebelaron contra el hado?” (VII, 58), “¿Dónde aquellos ingenios agudos, aquellos individuos conocidos por su presciencia y por su soberbia, dónde están?” (VIII, 25). “Acuérdate de algunos de los Césares, ¿dónde están?” (X, 31). Ni el saber ni el poder defienden contra la muerte. El propio Emperador filósofo insiste, en forma aseverativa, en la desaparición de médicos, matemáticos, filósofos, reyes y tiranos, sobrecogidos inexorablemente por su suerte mortal y presa de corrupción, como mentís de sus hazañas<sup>13</sup>.

En la contestación al *¿Ubi sunt?*, cuando se da, también notamos puntos de contacto con la Biblia. Compárese con la

<sup>13</sup> Nos referimos en particular al pasaje: “Hipócrates, después de curar muchas enfermedades, cayó enfermo y murió. A los caldeos, que habían predicho la muerte de un gran número de hombres, los cogió a su vez el destino [lit.: lo predispuesto]. Alejandro, Pompeyo y Julio César, después de haber arrasado tantas veces ciudades enteras y de haber hecho pedazos decenas de millares de caballeros y peones en la batalla, por fin abandonaron ellos mismos la vida. Heráclito, después de haber disertado sobre la quema final del mundo, llenas las entrañas de agua, y la piel toda cubierta de ronchas, murió. A Demócrito, los gusanos lo mataron. A Sócrates, más gusanos” (*Pensamientos*, III, 3: 1 al 5). Con lo cual tenemos, como fruto de una época cansada (frente a un Tucídides, p. ej., que predicaba la inmortalidad para exhortar a la virtud), no sólo un paradigma de la muerte sino una filosofía pesimista de la historia, o sea una afirmación de la vanidad de todo afán y trabajo humano.

de Baruc la que leemos en Plutarco: “Todos han ido a la casa del olvido en el Hades” (*ibid.*), y con aquélla y las numerosas comparaciones bíblicas, la de Marco Aurelio: “se han sumido en el olvido, son humo y ceniza” (XII, 27).

La caducidad es el elemento común con la Biblia. Pero los escritos paganos, particularmente de los estoicos, de un Epicteto, p. ej., se caracterizan por el conato insistente de desnudar las cosas de su apariencia exterior y verlas en su inutilidad esencial, mientras que en la Sagrada Escritura la caducidad de las cosas sirve, indirecta o directamente, para ensalzar, por contraste, la eternidad de Dios: “Se seca el heno — escribe Isaías —, se marchita la flor, pero la verdad de Yahveh permanece para siempre” (40:8); o su misericordia: “Homo, sicut foenum dies eius; tanquam flos agri sic efflorescit... Misericordia autem Domini ab aeterno” (*Ps.* 102:15, 16), o su gloria (cf. *Ps.* 103: 29-31), o su ira (cf. *Ps.* 89: 9-11), o, en el N. T., su providencia, en el derroche de belleza fugaz: “Aprended de los lirios del campo... yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se pudo vestir como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana va a ser echada al horno...” (*Mat.* 6: 28-30).

2.22 Por otra parte, en las letras clásicas hallamos el *¿Ubi sunt?* en pasajes cargados de connotaciones emotivas, que podemos atribuir al apego a las cosas y poner resueltamente bajo el signo de la nostalgia. Sirve para echar de menos a los seres de que se está privado por la ausencia o por la muerte y para ensalzar cualidades del difunto de las que ya no se puede gozar. Véanse las palabras que Séneca, escribiendo desde el exilio, pone en los labios de su madre como manifestación de desconsuelo:

Ubi est ille, quo viso tristem vultum relaxavi, in quo omnes sollicitudines meas deposui? ubi conloquia, quorum inexplabilis eram? ubi studia, quibus libentius quam femina, familiarius quam mater intereram? ubi ille occursus? ubi matre visa semper puerilis hilaritas?” (*ad Helviam*, XV, 1).

Véase en la *Tebaida* de Estacio, el lamento de Lamia por la muerte de su hijo:

Heu ubi siderei vultus? ubi verba ligatis  
imperfecta sonis risusque et murmura soli  
intellecta mihi? (V. 613-615).

2.221 La añoranza es del todo ajena a los pasajes que hemos citado de la Biblia, y aun diametralmente opuesta a su contenido; la descripción del aspecto físico, según han observado ya otros, está casi del todo ausente de los escritos fúnebres de los Padres y autores eclesiásticos, quienes dirigen su atención principalmente hacia las dotes espirituales del difunto, señalándose como excepción S. Jerónimo en su epístola consolatoria a Neponciano: "Ubi nunc decora illa facies, ubi totum corporis dignitas, quo ueluti indumento pulchritudo animae uestiebatur?" (LX). Por lo cual, aun reconociendo la relación que así viene a constituirse entre el *¿Ubi sunt?* y la rememoración nostálgica de la persona amada, no es justo que se confundan los contextos en que nuestra fórmula se utiliza con el concomitante efecto en el contenido del tópic. En lo que nos atañe, como el *¿Ubi sunt?* que podríamos llamar conmemorativo y nostálgico entra en la historia del planto medieval<sup>14</sup> y de la elegía renacentista<sup>15</sup>, no lo consideramos aquí,

<sup>14</sup> Como antecedente sirvan las *Lamentationes gloriosissimae Virginis Mariae* de S. EFRÉN (306?-373), en *Opera*, ed. Asseman, Roma, núm. 746, vol. III, pág. 574. El apoyo iconográfico lo tiene el *planctus* desde que, siguiendo el seudoevangelió de Nicodemo y sus elaboraciones más tardías para la predicación, la escena de la sepultura de Cristo se rodeó, primero en el arte de Bizancio y luego en Italia (p. ej., en el Santo Ángel in Formis), de una atmósfera de lamentación, dándose cada vez más relieve a la escena del descendimiento de la Cruz y del sepelio. En España se recogen todavía ecos de las quejas de la Virgen en el *Triunfo de los doce apóstoles* de JUAN DE PADILLA: "Dónde está vuestra figura /.../ ¿qué es de vuestra medida? / ¿Qué es de vuestro resplandor", en *BAE XXXV*, 381b, y la *Lamentación a la quinta angustia* de Fr. ÍÑIGO DE MENDOZA, cuando la Virgen con el Cristo muerto en el regazo exclama: "¿Dónde está tu fermosura, dador de todos los bienes?", en *Cancionero Cast. del s. xv*, en *NBAE*, vol. XIX, pág. 118b (v. q. el mismo verso a la "Verónica", *ibid.*, 104b).

<sup>15</sup> Se manifiesta, con gran impacto sobre futuras imitaciones, en las Rimas de Petrarca, en las que va bellamente envuelto el artificio de la *effictio* o *ecphrasis*, la descripción por partes, aquí, del cuerpo. Véase:

Ov'è la fronte che con picciol cenno  
volgea il mio core in questa parte e'n quella?  
Ov'è il bel ciglio, e l'un l'altra stella  
Ch'al corso del mio viver lume dènno?

menos en lo que pueda haber de cruces y contaminaciones entre una forma y otra. Tampoco consideramos el *¿Ubi sunt?* como pregunta angustiada por la propia persona del recién fallecido, o dirigida al mismo. Esta forma, aunque también se hizo tópico literario (cf. en el romance histórico “¿Dónde estás, señora Tisbe? / ¿Dónde estás que no me hablas?”), es distinta de la nuestra en cuanto que no predica inexistencia, sino que expresa la esperanza (imposible y desesperanzada) de

---

Ove'l valor, la conoscenza e'l senno?  
L'accorta onesta umil dolce favella?  
Ove son le bellezza accolte in ella,  
Che gran tempo di me lor voglia fénno?...

(CCXCIX, 1-8),

y luego en la poesía renacentista como en los lamentos del pastor Nemoroso en la *Égloga I* de GARCILASO:

¿Dó están agora aquellos claros ojos?  
.....  
¿Dó está la blanca mano delicada?  
.....  
¿Adónde están? ¿Adónde, el blanco pecho?  
(267, 270, 276).

A propósito de tales versos, y más que para la evolución medieval del tópico, hay que recordar los bellos versos de ESTACIO en el epicedio a Glaucias, niño criado en una casa patricia y sobrecogido por la muerte cuando se hallaba “in limine vitae”. Se hallan en las *Silvae* (cuyo MS fue hallado en Constantinopla por Poggio Bracciolini en 1417). Para comodidad del lector los reproducimos aquí.

O ubi purpureo suffusus sanguine candor  
siderique orbes radiataque lumina caelo  
et castigatae collecta modestia frontis  
ingenuique super crines mollisque decorae  
margo comae? Blandis ubinam ora arguta querelis  
osculaque impliciti vernos redolentia flores  
et mixtae risu lacrimae penitusque loquentis  
Hyblaeis vox mixta favis? Cui sibila serpens  
poneret et saevae vellent servire novercae.  
Nil veris adfingo bonis: heu lactea colla!  
brachia, quo numquam domini sine pondere cervix!  
O ubi venturae spes non longinqua iuventae  
atque genis optatus honos, iurataque multum  
barba tibi? Cuncta in cineres gravis intulit hora  
hostilisque dies: nobis meminisse relictum.

(II, 1, 41-45).

que el ser querido pueda estar presente en algún lugar. La carga retórica es menor en cuanto a artificio, aunque más eficaz por brotar más directamente de la realidad psicológica del que habla <sup>16</sup>.

3. El denominador común entre los textos que aquí consideramos es el aducirse como prueba de que el tiempo contingente (que hoy llamaríamos “lineal”, progresivo, irrepetible) no es de duración indefinida.

El *¿Ubi sunt?* se siente como argumento de autoridad (“Dize un doctor...” leemos en el *Libro de los Exemplos por A. B. C.* de C. Sánchez de Vercial <sup>17</sup>, y tiene una función instrumental. Ha de servir, como todas las reflexiones del *memento mori*, para despertar la atención del hombre (“Recuerde el alma dormida...” exhortará Manrique; “Déjese arrancar

<sup>16</sup> Así, cuando J. Ruiz exclama, angustiado por la muerte de Trotaconventos, “Mi leal vieja, ¿dóla?” expresando una situación pintada como real aun en el orden afectivo de las palabras; y en tono más literario: “¿Qué es de mi señor Ebtor? ¿Quién me lo llevó”, en *Sumas de historia troyana*, ed. cit., pág. 216. Lugar clásico es la pregunta de Carlomagno por Roldán: “¿Ó es el mio fijo, alegría de la mi vida, solaz de la mi vegez, un mio heredero solo?”, según la *Primera crónica general*, ed. R. Menéndez Pidal, Madrid, 1955, pág. 555a47. En la *Chanson de Roland* la pregunta, aquí aislada, evoca el *¿Ubi sunt?* de la caducidad (2397-2411). También hallamos un nexo entre el planto y nuestro tópico en las *Endechas a la muerte de Guillén Pedraza* (que se suponen cantadas hacia 1443): “Dó está tu escudo? ¿dó está tu lanza? / Todo lo acaba la malandanza”; cf. D. ALONSO y J. M. BLECUA, *Antología de la poesía española de tipo tradicional*, Madrid, 1964, n. 7, vv. 11-12. Mientras que para la *effictio* habría que buscar en los orígenes y desarrollo del *threnos*, la pregunta por el paradero de la persona amada nos hace pensar en el relato de la Virgen conducida por las santas mujeres en busca de su Hijo: “Et venit, leemos en la *Vita Christi* de LUDOLFO DE SAJONIA, ad videndum filium suum dilectum, plorans incessanter per civitatem Hierusalem, et dicens: — Heu me, ubi est nunc amantissimus filius meus? Ubi es, dulcissime fili? Ubi te inveniam quis te cepit, charissime? Quare te mihi abstulerunt, benignissime?” (cito por la ed. de Lyon de Francia, 1556, pág. 635).

<sup>17</sup> Cf. el ejemplo CCCIV en *BAE*, LI, pág. 519; ed. J. E. Keller, Madrid, C. S. I. C., 1961, pág. 278. ENRIQUE DE VILLENA en su *Tratado de la consolación* (1423), cita expresamente de la *Epístola consolatoria de San Jerónimo a Eutropio consul enbiada* dos cláusulas de *¿Ubi nunc?* que sirven de condolencia y de queja; cf. la ed. de J. Soler [R. Foulché-Delbos], en *Revue Hispanique*, XLI, 1917, 120, cit. por GATTI, págs. 114-115.

de la banalidad de la vida cotidiana" dirán, ya más cerca de nosotros, los filósofos existencialistas)<sup>18</sup>.

En la economía cristiana el aviso ha de ir encauzado hacia la sustitución de lo efímero por lo trascendente, de la vida limitada en el tiempo por lo perdurable. La caducidad, la nada, se trueca así de un concepto ontológico en otro religioso: el de la muerte espiritual. Con esto abocamos a la escatología cristiana, aunque por otro camino del que hubiera podido suponerse.

En la historia del *¿Ubi sunt?* cual se ha trazado hasta el presente, no se ha distinguido suficientemente, creo, entre el *¿Ubi sunt?* que no sobrepasa el concepto de la caducidad, y otra utilización de la misma fórmula en contextos orientados hacia una valoración trascendente. La relación entre los dos "tipos" puede ser de filiación o de confluencia. Como no tenemos materiales para decidirlo, la subdivisión que aquí haremos ha de entenderse como meramente tentativa y formal.

3.11 Considerando los pasajes que tenemos a nuestro alcance veremos que el *¿Ubi sunt?* se formula en algunos casos como pregunta retórica simple para que el lector abarque el pasado y el presente constatando la no existencia de los seres de antaño, evocados desde su propia circunstancia.

Dichos seres se mientan bien por dignidades o profesiones (como representantes del poder y del saber), bien por los nombres de personajes de la antigüedad (ya vimos una muestra *ante litteram* en Marco Aurelio); para cuyo prototipo se ha señalado la *Adhortatio ad Theodorum lapsum* de S. Juan Crisóstomo († 407)<sup>19</sup> en Oriente, y la *Consolación de la Filosofía* de Boecio († 524), como el primero en Occidente, cuando nombra, aunque de pasada, a tres figuras insignes de la histo-

<sup>18</sup> Cf. M. HEIDEGGER, *Was ist Metaphysik?*, Bonn, 1943; trad. ital., Milán, 1942, págs. 89-90.

<sup>19</sup> Cf. PG XLVII, 277-316.

ria de Roma: "Ubi nunc fidelis ossa Fabricii manent? / Quid Brutus aut rigidus Cato?"<sup>20</sup>.

Pero se puede hablar propiamente de tópicos cuando de la pregunta se apoderan los autores eclesiásticos para la predicación, y los escritores monásticos y ascéticos en sus tratados doctrinales. Lo hallamos, p. ej., en los *Soliloquios* de S. Buenaventura (1221-1274), formando un cuerpo con las citas bíblicas que aducimos arriba, arrancadas del contexto e hilvanadas entre sí:

*Ubi sunt principes gentium, et qui dominati sunt super bestias, quae sunt super terram, qui argentum thesaurizaverunt et aurum congregaverunt, qui civitates et castra extruxerunt, reges et regna bellando devicerunt? Ubi sapiens, ubi scriba, ubi conquistator hujus saeculi? Ubi Salomon sapientissimus? Ubi Alexander potentissimus? Ubi Samson fortissimus? Ubi Absalon speciosissimus? Ubi Assuerus glorisissimus? Ubi Caesares potentissimi? Ubi reges et principes inclyti? (II, 4)<sup>21</sup>.*

3.12 Además de esta forma base (que hemos considerado en primer lugar sin prejuicios cronológicos), hay otras que suponen 1) que el lector u oyente, o sea el receptor de la pregunta, abarque con la fantasía el futuro (*¿Ubi tunc?*) o se coloque fuera de su circunstancia, trasladándose con la imaginación al momento de la muerte, o 2) se haga espectador de una representación simbólica, o tome parte en un diálogo ficticio.

3.121 En el primer caso, nuestro tópico entronca con la visión escatológica de los libros sapienciales más recientes, donde, en el marco de la idea de la retribución, los impíos se preguntan: "Quid nobis profuit superbia, aut divitiarum iactantia quid contulit nobis?" (*Sab. 5:8*); y tiene manifestaciones patrísticas muy antiguas, ya desde el sirio S. Efrén († 373), de quien se nos citan, en versión latina, pasajes como

<sup>20</sup> *Philosophiae consolatio*, II, VII, 4-5 (los versos están dedicados a ponderar lo efímero de la fama).

<sup>21</sup> La página del docto franciscano (1221-1274) se reproduce por entero en el ensayo citado de E. GILSON, págs. 17-18, quien la trae de la ed. de la *Opera omnia* (Quaracchi, 1898), vol. VIII, pág. 45b.

el siguiente, que sentimos más próximos al contenido de la Epístola paulina, y como corolario de la misma:

Hei mihi: ubi tunc procacitas ac petulantia? ubi tunc carnis fortitudo? ubi pulchritudo fallax atque inutilis? ubi tunc humana voluptas? ubi tunc impudens invecundaque audacia? ubi tunc ornatus vestium? ubi tunc voluptas peccati vere immunda et sordida? ubi tunc qui masculorum stercora in voluptate ponunt? ubi tunc eorum negligentia, qui in desidia hic vitam transegerunt? ubi tunc deliciarum illecebrae? <sup>22</sup>.

“Ubi tunc delitiae? Ubi terrenae amicitiae? Ubi delectationes mundane?” será el argumento que propone Alano de Lille (c. 1128-1202) en su *Summa de arte predicatoria* para inculcar el desprecio del mundo <sup>23</sup>.

3.122 En el segundo tipo, el lector u oyente ha de colocarse, como espectador, ante el cuerpo separado del alma.

En los debates, también de origen oriental, que toman su nombre de los dos elementos constitutivos del ser humano, el alma echa en cara al cuerpo los objetos de sus pasiones, que ya no le valen. Así en la versión castellana más antigua:

Dim, ¿ó son tos dineros que tu misist en estero?  
 ¿ó los tos moravedís, azarís et melequís,  
 que soliés manear et a menudo contar?  
 ¿ó son los palafrés que los cuendes ie los res  
 te solién dar por to losenjar?  
 ¿los cavallos corrientes, las espuelas punentes,  
 las mulas bien amblantes, asuveras trainantes,  
 los frenos esorados, los petrales dorados?  
 ¿las copas d'oro fino, con que beviés to vino?  
 ¿dó son tos bestimentos? ¿ó los tos guarnimentos  
 que tu soliés festir e también te [...]

vv. 27-37 <sup>24</sup>.

<sup>22</sup> Texto reproducido por M. LIBORIO, *loc. cit.*, págs. 149-150, quien lo saca de la ed. citada, vol. III, págs. 95-97 (el título del tratado es *De patientia, et consummatione huius saeculi*). En castellano existe el extracto de una tesis sostenida en el Pont. Instituto Oriental por Teixidor, *Muerte, cielo seol en S. Efrén*, Valencia, 1962, que puede servir para una primera introducción a las ideas escatológicas de este santo de la Iglesia oriental, que tanta influencia ha tenido en las representaciones del más allá.

<sup>23</sup> PL CCX 116B, lugar reproducido por BORELLO, *loc. cit.*, pág. 87.

<sup>24</sup> *Disputa del alma y del cuerpo*, traducción del s. XIII, del poemita francés

3.123 O ha de entablar un diálogo con un muerto: una variante del debate entre el alma y el cuerpo, con utilización del esquema del *Ubi sunt?*, se da cuando el vivo encuentra e increpa al finado. De ello tenemos un ejemplo vernáculo muy conocido en una de las laudes atribuidas a Jacopone de Todi, de la que citamos algunos versos:

Or me responde tu, om sepeleto,  
che cusì ratto d'esto monno è'escito:  
o' so' i bei panni de che eri vestito,  
e' ornato te veio de molta bruttura?

Or ov'è 'l capo cusì pettenato?  
con cui t'aragnasti, che 'l t'ha sì pelato?  
Fo acqua bullita che 'l t'ha sì calvato?  
Non te c'è opporto più spicciatura.

...  
Or o' so' l'occhi cusì depurati?  
For de lor loco sì so' iettati.  
Credo che i vermi li s'ho manecati:  
del tuo regoglio non àbber paura<sup>25</sup>.

3.2 Entre los contenidos del *¿Ubi sunt?* que hemos observado hay una diferencia sustancial.

---

*Un samedi par nuit*; puede verse el texto (fragmentario) en *Hispanic Review*, I, 1933, y en R. MENÉNDEZ PIDAL et al., *Crestomatía del español medieval*, Madrid, 1965, vol. I, págs. 77-78, 199. V. q. la adaptación del s. xv de la *Visio Philiberti*, de la que reproducimos los versos correspondientes a nuestro tema:

¿A dó tus moradas, dó es tu arreo,  
Tu oro e tu plata e tu gran aver,  
Tus joyas muy ricas e tu gran poder?  
¿Dó es tu graçia, a dó tu asseo,  
Dó es tu orgullo, a dó tu meneo?

vv. 49-53.

Cf. ed. E. v. Kraemer en *Mémoires de la Société Néophilologique*, XVIII, Helsinki, 1956, pág. 42. También hay adaptación latina en prosa, del s. xiv: "... dime ¿dónde están tus heredades que ayuntaste, e los palacios e los grandes edificios que fundaste? E dime, cuerpo cativo, ¿dónde son las piedras de grand valor e los anillos de oro que traías? ¿Dó son los tesoros que allegaste...?": ed. J. M. Octavio de Toledo en *ZPh*, II, 1878, 52 [los signos de interrogación son míos].

<sup>25</sup> Cito por la antología crítica de E. PASQUINI y A. E. QUAGLIO, *Lo Stilnovo e la poesia religiosa*, Bari, 1971, págs. 183-184 [Nótese de paso que el v. "Fo acqua bullita che t'ha sì calvato", 17, insuficientemente explicado en el comentario, se refiere a la costumbre medieval de hervir los cadáveres].

3.21 La perspectiva *pasado* → *presente* lleva, en cuanto tal, a la constatación de la caducidad, que es propia del tópico en los orígenes que comúnmente se le atribuyen. El objeto está dado bien sea por estamentos superiores de la sociedad, bien por el canon de los varones ilustres, que puede ser exclusivamente pagano (ya lo vimos en Boecio), o pagano y bíblico, como se vio en S. Buenaventura, o pagano, bíblico y más estilizado, con reminiscencias de leyendas épicas, como puede apreciarse en este otro texto del s. XI, citado por casi todos los que han estudiado nuestro tema:

Ubi Plato, ubi Porphyrius?  
 Ubi Tullius aut Virgilius?  
 Ubi Thales, ubi Empedocles  
 Aut egregius Aristoteles?  
 Alexander ubi rex maximus?  
 Ubi Hector Trojae fortissimus?  
 Ubi David rex doctissimus?  
 Ubi Salomon prudentissimus?  
 Ubi Helena Parisque roseus? <sup>26</sup>.

Aún en el s. XV, los poetas de los cancioneros castellanos se amoldan a este patrón, confundiendo los personajes en abigarrada variedad. Oigamos, p. ej., a Gonzalo Martínez de Medina en un decir suyo:

Mira, ¿qué fue del grande greçiano  
 Alixandre, Julio, de Dario e Pompeo,  
 Hércoles, Archiles, don Ector troyano,  
 Priamo e Mino, de Judas Macabeo,  
 Dándalo, Trobo, Suero e Tolomeo,  
 Menbrot, Gólfas, el fuerte Sansón,  
 Vergilio, Aristótilis, el gran Gedeón,  
 e todos los otros que en los libros leo? <sup>27</sup>.

<sup>26</sup> Cf. GILSON, *loc. cit.*, págs. 20-21; el himno aparece en A. J. RAMBACH, *Christliche Anthologie*, Altona, 1817, vol. I, pág. 361, y en B. HAURÉAU, *Notices et extraits*, París, 1892, vol. IV, pág. 332, en una lección distinta, bajo el título *Prosa in officio mortuorum*. Saco estos datos bibliográficos, que me han sido inaccesibles, de M. LIBORIO, *loc. cit.*, pág. 160, n. 65.

<sup>27</sup> Cf. *Cancionero de Juan Alfonso de Baena*, n. 337, vv. 73-80 (cito por la ed. de Madrid, 1851); v. q., en el mismo *Cancionero*, el *dezir* del jerónimo Fr. MIGR, en la defunción de Enrique III, n. 38.

La lejanía en el tiempo y los contornos borrosos de tales personajes, vistos muchos de ellos a través de gestas y leyendas medievales, ensalzan una magnitud ya casi mítica, a la par que la mención de figuras históricas más recientes (*ibid.*, vv. 81-86), y hasta de los familiares del autor (vv. 105-106), acrecienta la sensación de realismo.

Aquí, la constatación de la caducidad no es de por sí condena. Ya vimos que Boecio nombraba a tres dechados de virtud, Cayo Fabricio Luscinio, el cónsul integérrimo, Lucio Bruto, fundador de la república, y Catón el Uticense; y que S. Buenaventura coloca en primer término al sabio por antonomasia, Salomón. Aunque también ha de reconocerse que “el día de Yahveh”, y la venida de Cristo, los anuncia la Biblia como caída de las cumbres: “Quia dies Domini exercitum super omnem superbum et excelsum... et super omnem turrim excelsam, et super omnem murum munitum” (*Is.* 2:12,15); “Deinde finis cum... evacuerit omnem principatum, et potestatem et virtutem” (*I Cor.* 15:24), y que la muerte, en el A. T., es el castigo por antonomasia (que la nueva alianza ha venido a levantar).

3.22 La perspectiva *futuro escatológico* → *presente* se produce en un tono claramente reprobador. Por futuro escatológico no entendemos sólo el juicio final sino el enfrentamiento del alma con su destino inmediato; y el alma, en la literatura de la caducidad, es casi siempre la de un reo.

La condena, que en las epístolas paulinas se dirigía contra los valores del hombre no redimido por la gracia, contra el *yo* que se identifica con los placeres, el poder y las riquezas, en la economía cristiana posterior adquiere un valor que podríamos llamar doméstico, hacia “dentro”, y se extiende a muchos aspectos concretos de la vida, cuando los hombres, oprimidos por el temor, vislumbran las fronteras de su existencia.

Y así como para la representación de lo “nuevo”, de la “otra vida”, donde el lenguaje humano se revela como esencialmente débil, se utilizan representaciones míticas espacio-temporales, así en la evaluación de la vida terrena se mezclan criterios éticos de inspiración heterogénea con el lastre de imáge-

nes y conceptos que traía consigo la literatura de la caducidad (“et erit pro suavi odore foetor” *Is.* 3:24). La gracia, la belleza, el vigor, que en la *effictio* eran ensalzados y echados de menos, aquí pasan al polo negativo. Véanse los pasajes citados en 3.122, a los que agregamos aquí este otro, incorporado como *¿Ubi sunt?* en una secuencia del s. xiv que representa el encuentro de tres vivos con tres muertos:

Ubi vestra pulchritudo,  
risus et iucunditas,  
et monete multitudo,  
rerum copiositas?  
Ubi vestra fortitudo,  
vel famosa probitas,  
et agrorum latitudo,  
fructuum fecunditas?<sup>28</sup>

Al confluir, además, con el tema de “ite ad sepulchra”, bajo la creciente obsesión con la muerte, el *¿Ubi sunt?*, en la Edad Media feneciente, y aun en la elaboración ulterior de los novísimos después del s. xv, entra de lleno en la temática de la corrupción de la carne y se presta para esa especie de anatomía macabra, miembro a miembro, uno de cuyos más conocidos documentos ya hemos tenido ocasión de citar.

4.1 No hará falta repetir que el *¿Ubi sunt?* introduce una exclamación más bien que una pregunta. La interrogación es sólo un accidente formal: el opositor, o sea, en este caso, quien se guía por la soberbia del mundo, ha de rendirse a la evidencia y renunciar a su ceguera<sup>29</sup>. Al clasificar la interrogación de accidente formal, sin embargo, no queremos desestimar su alcance: por ella se introduce el elemento dramático, esbozado, siquiera a medias, el diálogo.

<sup>28</sup> Cito por S. KOZÁKY, *Geschichte der Totentänze*, Budapest, Magyar Történeti Múzeum, 1936, pág. 270.

<sup>29</sup> Cf. H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, Madrid, 1967, § 767. Por la acumulación de preguntas paralelas pertenece a la *amplificatio* (cf. *ibid.*, § 259 y *passim*). Por otra parte, si el pasaje citado arriba de Boecio pertenece a la historia del *¿Ubi sunt?*, su alternancia con *¿Quid?* podría adscribirse a la *variatio*; y

4.12 La sustancia del tópicos está contenida en la frase “Ubi sunt qui olim fuerunt?”. Pero el tópicos se actualiza como tal cuando el elemento que representa la totalidad (“qui olim fuerunt”, “todos los hombres de antaño”) se articula por nombres específicos, bien sea en progresión temporal, histórica (más o menos ajustada a la realidad); los grandes del pasado, o ciudades, e imperios famosos; o en subdivisión sincrónica, por estados o nacionalidades. Lo mismo vale cuando la visión es retrospectiva, y se pregunta por el objeto de la concupiscencia, o sea, por los bienes mal poseídos o mal empleados. (Nótese que en cualquier orden de ideas la ejemplaridad se sugiere por la enumeración de seres o entidades portadores del mismo signo [ut A<sup>A</sup>, B<sup>A</sup>, C<sup>A</sup>, sic X<sup>A</sup>]; cf. en la *Lamentación de don Álvaro de Luna*, de la que citaremos más adelante a propósito de nuestro tópicos: “Non fue desterrado Bruto? ¿Non fue desterrado Eneas...? ¿Por ventura Josep, virtuoso e de mucha gloria, non fue llevado en tierra ajena e en cárceles e prisiones?”<sup>30</sup>.

4.21 La repetición de la misma forma se da en los pasajes más caracterizados de la Edad Media, por el paralelismo de preguntas contiguas, en articulación binaria o ternaria, como en la Biblia, o abierta sin tasa, quedando señalada la contigüidad y paralelismo por la anáfora como se vio en la estrofa “Ubi Plato, ubi Porphyrius? / Ubi Tullius aut Virgilius?” del himno del que citamos una estrofa en 3.21, donde la repetición por diez veces del adv. de lugar produce una estilización más llamativa por densidad y extensión que la de los pasajes bíblicos citados, y en general que el estilo propio de las Escrituras<sup>31</sup>.

---

más sabríamos sobre ello si el tópicos se hubiese estudiado sin dirigir tan exclusivamente la atención hacia su forma más llamativa, la de la interrogación.

<sup>30</sup> Cito de *Testi spagnuoli del secolo xv*, ed. G. M. Bertini, Turín, 1950, págs. 84-85.

<sup>31</sup> En la poética hebrea la articulación, como es sabido, es generalmente binaria o ternaria; cf. L. A. SCHÖKEL, *Estudios de poética hebrea*, Barcelona, 1963, págs. 210-220, aunque para la comparación con nuestro tópicos cabría recordar

También hay textos en que el *¿Ubi sunt?* alterna con otras formas. En la prehistoria del tópico nos salió al paso, en la *Consolación de la filosofía* (v. s. 3.11), un *¿Quid?*. Al ser adoptada la pregunta como tópico en las lenguas vernáculas tal alternancia se manifestará en modalidades aún más variadas, sobre todo en español.

4.221 La repetición permite cierta diferenciación en la fórmula por la presencia o ausencia del verbo *esse* y, 4.222, por la especificación del tiempo con los adverbios *nunc* y *tunc*: *¿Ubi tunc?*, *¿Nunc ubi?*<sup>32</sup>. La serie puede proseguirse con una conjunción disyuntiva: *Vel ¿ubi?*<sup>33</sup>. 4.223 También se puede introducir con el *verbum dicendi*: *Dic ¿ubi?*<sup>34</sup>; o sea, con un elemento antepuesto que parece desempeñar la función prosódica de la anacrusis o servir de comodín o de “medio para salir del silencio”. 4.224. En ocasiones, aunque raramente, hay cambio de orden entre los elementos de la fórmula “Nunc ubi...”<sup>35</sup>, o entre la fórmula y el nombre: “Vis ubi nunc tua? Vis ubi?”<sup>36</sup>.

4.3 *El sujeto* (en realidad el objeto lógico propuesto a la consideración) consta de sendos nombres propios en cada

---

también pasajes más frondosos como el del apocalipsis de *Isaias*, que anuncia la adecuación de lo alto y de lo bajo en el último día: “Et erit, sicut populus, sic sacerdos, et sicut...” (24:2), o los versos del *Ps.* 113B, “Os habent et non loquentur, / aures habent...” (5-7), donde el mismo motivo se repite también en las variantes sucesivas, mentando seis distintos miembros del cuerpo.

<sup>32</sup> Para la forma *¿Ubi tunc?* cf., p. ej.: “Ubi tunc tuae deliciae, ubi terrenaerum amicitiae? ubi delectationes?”, en ALANO DE LILLE, *loc. cit.*, 116B; v. q. “Ubi nunc imago rerum? / Ubi sunt opes potentium”, en TIRO PRÓSPERO (s. v), citado por M. MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.*, pág. 404, n. 1, además de los vv. de Boecio, a los que ya nos hemos referido varias veces.

<sup>33</sup> Cf. “Vel ubi Samson est, dux invincibilis” reproducido por GILSON, *op. cit.*, pág. 22.

<sup>34</sup> Cf. “Dic ubi Salomon, olim tam nobilis”, citado por GILSON, *ibid.*

<sup>35</sup> Cf. “Nunc ubi cura, pompaque Julia?”, en *De contempu mundi* atribuido a S. BERNARDO y citado por M. MENÉNDEZ PELAYO, *loc. cit.*, pág. 404, n. 1; v. q. en el mismo poema: “Est ubi gloria nunc, Babilonia?”.

<sup>36</sup> Cf. GODOFREDO DE VINSauf, *Poetria nova*, 1170 (ed. E. Faral en *Les arts poétiques du XIIe et du XIIIe siècle*, París, 1924, pág. 233).

pregunta o de enumeraciones yuxtapositivas de nombres. Los nombres están modificados, generalmente, por atributos que habían sido estilemas ya antes de su adopción en el tópico, como justamente hizo observar E. Gilson: “Absalon pulcher”, “Alexander rex maximus”<sup>37</sup>. La misma disposición se halla cuando el sujeto lo forman nombres comunes, referidos a seres o conceptos abstractos, generalmente yuxtapuestos dentro de la misma pregunta y acompañados a veces por adjetivos de valor: “ubi falsa illa et inutilis mulierum pulchritudo?”<sup>38</sup> o por otras formas explicativas: “ubi tunc inhumana superbia, omnia fastidians et se aliquid esse putans?” (*ibid.*).

Puede constar también de una oración de relativo: “ubi qui in multitudine gloriabantur divitiarum suarum?”<sup>39</sup>, o puede ir modificado por una oración subordinada: “Ubi tunc erit, si quae modo es, de qua superbit, pulchritudo eius?”<sup>40</sup>. La extraordinaria libertad del latín en el orden de las palabras compensa así la relativa fijeza de la fórmula inicial.

4.4 La contestación, cuando se da, puede ser aseverativa de la caducidad universal (“Ecce transierunt”<sup>41</sup>, “Quaeruntur et non sunt”<sup>42</sup>) o consistir en otra interrogativa también retórica: “Annon omnia pulvis? Annon omnia fabula?”<sup>43</sup>. En ambos casos puede formularse como comparación o ir acompañada de comparaciones: “quasi umbra transierunt, velut som-

<sup>37</sup> *Loc. cit.*, pág. 21, basándose en M. EDMON FARAL, *Recherches sur les sources latines des contes et romans courtois du Moyen Âge*, París, 1913.

<sup>38</sup> CIRILO DE ALEJANDRÍA en PG LXXVII, 1078, citado en la traducción latina de dicha fuente por LIBORIO, pág. 151.

<sup>39</sup> S. EFRÉN, *De patientia et consummatione hujus seculi*, en *Opera*, ed. cit., vol. III, pág. 95.

<sup>40</sup> S. ANSELMO (1033-1109), *De corpore post animae discessum*, en *Meditationes*, en PL CLVIII, 720.

<sup>41</sup> *Soliloquium de arrha animae und De vanitate mundi*, ed. K. Müller (Bonn, 1913), pág. 37, citado por LIBORIO, pág. 157.

<sup>42</sup> *De salutaribus documentis*, cap. LIV, en PL LXXXIII, 865, citado por LIBORIO, *ibid.*, pág. 155.

<sup>43</sup> BASILIO MAGNO (S. V), *Sermo de morte*, en PG XXXII, 1262-3.

nium evanuerunt”<sup>44</sup>. V. q. la contestación de Pedro Alfonso, que citamos en 2.15. Siendo retórica la pregunta, la contestación eventual no puede ser homogénea al sentido de la letra, sino que ha de contener una afirmación o sugestión de inexistencia, que generalmente acoge pensamientos y parangones sobre la caducidad. Siendo éstos en su mayoría bíblicos, es por ellos por los que el *¿Ubi sunt?* se asocia a la Sagrada Escritura.

5. La presencia en España del *¿Ubi sunt?* podría rastrear-se, y se ha rastreado en parte<sup>45</sup>, en las múltiples traducciones de textos latinos, las de los Padres, las de la visión de Túndalo y, como ya hemos visto, de las disputas entre el alma y el cuerpo y las de los tratados sobre *contemptus mundi* y *de novissimis*. También en las obras literarias a las que irradia, como ornato retórico, o como parte sustancial de un mensaje didáctico( en el *Rimado de Palacio*, y en los Cancioneros del s. xv), o como medio de consolación en la muerte de los grandes y de seres conocidos, donde reconocemos nuestro tópico siempre que en la inmediatez del planto no llegue a ape-larse al propio difunto).

Siendo el tópico del *¿Ubi sunt?* una modalidad expresiva transfundida o imitada del latín, su estudio es el del trasiego de un original conocido o supuesto. Además, el ser el sintagma — y su contenido — “lugar común”, y el presentarse como pregunta retórica predica de por sí carácter literario. El romanceamiento, por otro lado, oscilará entre la adecuación a la lengua común, hacia la cual tiende por su naturaleza, y el acatamiento o sumisión a modalidades literarias que además de ser medio-latinas, son también vernáculas.

<sup>44</sup> S. ISIDORO, *Synonymorum liber*, II, 91, en PL LXXXIII, 865, C, donde se percibe el eco de las comparaciones bíblicas; cf., p. ej., “Et transibit vita nostra tamquam vestigium nubis, et sicut nebula dissolvetur? Sab., 2:3, “Transierunt omnia illa tamquam umbra”, *ibid.* 5:9.

<sup>45</sup> Además de A. KRAUSE, *Jorge Manrique and the Cult of Death in the Cuatrocientos* (Berkeley: University of California, 1947), págs. 96-102, donde el calco del *¿Ubi sunt?* se menciona (acertadamente a mi ver) entre otros textos en que la caducidad se indica en forma aseverativa por medio de comparaciones, cf. M. LIBORIO, *loc. cit.*, págs. 197-202, y J. F. GATTI, *loc. cit.*

En cuanto a la lengua del uso, aunque la interrogación retórica no le es desconocida (pero con un cambio en el orden de las palabras; v. i. 5.21), y aunque sean difíciles de aquilatar sus tendencias por los escasos documentos que tenemos de ella, intuitivamente podemos sugerir que la interpretación del tópicico en términos corrientes sonaría algo así como “Diz que temáis la muerte, / que también murió Roldán”<sup>46</sup>. Cuanto menos retórica es la obra, menos probabilidad hay de que conserve la forma interrogativa (si la hubo en el modelo). Piénsese, p. ej., en las “Coplas de la muerte”, texto castellano del s. xv, que reza:

sabed que el rey Salomón  
David y el santo Moysén,  
que passaron por el passo  
de la muerte tan amarga vv. 51-54<sup>47</sup>,

y que ha sido recogido aún recientemente, en forma parecida, en Marruecos<sup>48</sup>. Y al contrario, cuanto más retórica es, más probabilidades hay no sólo de que se conserve la forma inte-

<sup>46</sup> Recogido de un espulgo de las obras de DIEGO SÁNCHEZ DE BADAJOZ. En el ámbito popular del refranero, cercano a la lengua hablada, hallo la pregunta, en tono menor: “De aquí a diez años ¿dónde estarán el burro y su amo?”; cf. L. MARTÍNEZ KLEISER, *Refranero general ideológico español*, Madrid, RAE, 1953, n. 42.242; pero lo normal es la constatación, sin ambages ni rodeos: “Ya se ha muerto el borrico y quien lo arreaba”, *ibid.*, 42.558, “El muerto y el ausente no son gente”, *ibid.*, 42.694, o revestida en la metonimia: “Perro muerto ni muere de ni ladra”, *ibid.*, 42.581. “Antes de mil años, todos seremos calvos”, *ibid.*, n. 42.239. También se da la antítesis: “Ahora hervía, ya es agua fría”, *ibid.*, 42.567, “Hoy somos y mañana no”, *ibid.*, 42.244, productiva asimismo en la lengua hablada. En cuanto a la fórmula interrogativa no hará falta agregar que la lengua del uso la reemplaza a menudo con la conj. copulativa: “¿Y tu hermana?”.

<sup>47</sup> Las reproduce M. ALVAR en *Endechas judeo-españolas*, Madrid, C. S. I. C., 1969, pág. 186.

<sup>48</sup> A saber, en este texto ligeramente distinto: “Sepáis que el rey Salomón / y ese sabio de Moisés / pasaron por esa carga / de la muerte tan amarga”, cf. M. ALVAR, *loc. cit.*, pág. 164. Huelga recordar que también en los Cancioneros se nos informa de la muerte de los grandes del pasado en forma aseverativa: “... otros murieron, / más grandes, más altos...” Fr. MIGIR, *loc. cit.*, v. 74, o en discurso indirecto: “Aquel noble César ... / e César Augusto, el fuerte Trajano ... / dezeit si murieron”, *ibid.*, 81-82. En el *Razonamiento que hace Johan de Mena con la Muerte* (donde el *¿Ubi sunt?* de personajes de la antigüedad se presenta en forma

rrogativa, sino hasta de que se introduzca. Así en el planto de Pleberio, cuando por una especie de *¿Ubi sunt?* al revés, se pondera el (inútil) permanecer de las cosas más allá de su dueño. Véase el pasaje junto con el del *De remediis utriusque fortunae* de Petrarca, que Fernando de Rojas pudo imitar aquí:

extruisti domum, exarasti arvum,	¿Para quién edificué torres?
putasti vineam, rigasti prata...	¿Para quién adquirí honras?
... misisti novas merces in maria	¿Para quién planté árboles?
(I, 90B, 2-6).	¿Para quién fabriqué navíos? <sup>49</sup> .

La comparación con los modelos latinos, cuando los hay directos, revelaría probablemente la regularización, típica de los romances medievales también en otros aspectos. Observamos este fenómeno cuando Juan Ruiz, p. ej., adopta los versos de Gualterio el Inglés:

Dic, sodes, ubi sella nitens?, ubi nobile frenum?,  
cur illa superbia fugit? 14c <sup>50</sup>

escribiendo:

¿Dó es tu noble freno e tu dorada silla?  
¿Dó es la tu sobervia? ¿dó es la tu renzilla? (244ab).

directa aseverativa: "Tú [Muerte] mataste / a Atlán... No dexaste a Absalón / por la su grand fermosura...": vv. 41-42, 49-50), la repetición de la negación se da en forma retórica parecida a la de nuestro tópico:

No aprovechan los saberes,  
nin las artes, nin las mañas,  
nin proezas, nin fazañas,  
grandes ponpas, nin poderes,  
grandes casas, nin averes,  
pues que todo á de quedar,  
salvo el solo bien obrar,  
Muerte, quando tú vinières.

En *NBAE*, XIX, págs. 81-89.

<sup>49</sup> Ed. J. Cejador, Madrid: Clás. cast., 1913, págs. 217-218; la yuxtaposición la sugiere A. D. Deyrmond, *The Petrarchan Sources of La Celestina*, Oxford, 1961, pág. 60.

<sup>50</sup> Fábula XLIII, vv. 17-18; cf. L. HERVIEUX, *Les fabulistes latins depuis le siècle d'Auguste jusqu'à la fin du Moyen Âge*, París 1884-1889, vol. II.

Nótese, además el desmenuzamiento de una sola pregunta en varias, ilustrado por la comparación del siguiente pasaje del *Dialogus inter corpus et animam*:

¿Ubi [nunc] sunt praedia que tu congregasti,  
Excelsa palatia, turres quas fundasti,  
gemmas per quas anulis digitos ornasti,  
et nummorum copia quam Deo tu plus amasti? <sup>51</sup>

con este otro de la adaptación castellana de la *Visión de Filiberto*, que le corresponde si hemos de aceptar la sugerencia de J. F. Gatti:

Dime: ¿dónde están tus heredades que ayuntaste e los palacios e los grandes edeficios que fundaste? E dime, cuerpo cativo, ¿dónde son las piedras preciosas de grand valor e los anillos de oro que traías?, ¿dó son los tesoros que allegaste?, ¿dó son las grandes alfajas e ricas preseas que allegaste?, ¿dó son los vestidos de deviersas colores muy ofanos, que cada día remudavas?, ¿dó son los vasos de plata e de oro muy ricos con que cada día bevías?, ¿dó son los confites e especias de conortosos olores et los letuarios de maravillosos sabores con que tomavas grandes deleites en tus conbites? <sup>52</sup>

Los ejemplos en verso son demasiado conocidos para que insistamos en ellos. Sin embargo, no estará de más recordar aquí, para que se coteje con los pasajes latinos citados arriba (3.21), siquiera dos estrofas del *dezir* del Comendador Ferrán Sánchez de Talavera por la muerte de Ruy Díaz de Mendoza, donde la articulación estrictamente paralelística, marcada en cada verso por la anáfora, con pocas variantes en la configuración de la pregunta (el artículo determinado se suprime algunas veces en aras del metro), acosa al interlocutor o lector con la (sugerida) equiparación de objetos, personas y acciones del pasado a la nada presente, importando más la acumulación

<sup>51</sup> Citamos de V. de BARTHOLOMAEIS, *Due testi latini e una versione italiana della "Visio Philiberti"*, en *Studi Medievali*, N. S., I (1928), págs. 288 y sigs., estrofa XI.

<sup>52</sup> *Loc cit.*, pág. 52.

de los asertos (interrogativos) que la calificación de los objetos y conceptos aducidos:

- ¿Adó los thesoros, vasallos, servientes?
- ¿Adó los firmalles, piedras preciosas?
- ¿Adó el aljófar, posadas costosas?
- ¿Adó el algalia e aguas olientes?
- ¿Adó paños de oro, cadenas luzientes?
- ¿Adó los collares, las jarreteras?
- ¿Adó peñas grises?, ¿adó peñas veras?
- ¿Adó las sonajas que van retinientes?
- ¿Adó los conbites, cenas e yantares?
- ¿Adó las justas?, ¿adó los torneos?
- ¿Adó nuevos trajes, estraños meneos?
- ¿Adó las artes de los dançadores?
- ¿Adó los comeres?, ¿adó los manjares?
- ¿Adó la franqueza?, ¿adó el esponder?
- ¿Adó los risos?, ¿adó el placer?
- ¿Adó menestriles?, ¿adó los juglares?<sup>53</sup>.

También recordaremos el *dezir* de Gonzalo Martínez de Medina, donde las mallas de la anáfora (“Mira ¿qué fue...”) se hacen más anchas en las estrofas X y XI, dando más holgura, por un lado, para la enumeración (en la estrofa X ya citada), y, por otro, para calificar o situar al personaje del pasado y hacer intervenir al interlocutor; véase la estrofa XI:

Mira ¿qué fue del grand Morato,  
que ante tus ojos viste tan potente?  
¿e del Taborlán, que en poco rato  
venció sus poderes e toda su gente?  
Mira ¿qué fue del muy excelente  
rey don Enrique de muy grand valía,  
e de su hermano, que así conquería  
a los infieles con muy buen talente?

La adaptación en términos vernáculos puede llegar, pues, al amaneramiento por la imitación intensiva de los modelos propuestos. También puede haber una mayor variedad, como

<sup>53</sup> Cf. *Cancionero de Juan Alfonso de Baena*, n. 530, vv. 57-72; ed. cit., págs. 594-595.

veremos en los versos del Marqués de Santillana, pero tanto la adhesión y elaboración amanerada como la imitación más libre han de producirse con los medios morfológicos y sintácticos que el idioma en cada momento de su evolución proporciona.

5.111 Para el traslado *ad verbum* del ¿*Ubi sunt?* interviene, en primer lugar, las transformaciones que cada elemento del sintagma comporta.

Entre “¿Ó es el letrado de la ley? ¿Ó es el enseñador de los niños?” (*Is.* 33:18) según el romanceamiento bíblico del s. XIII contenido en el MS esc. I.1.6, y “¿En dónde está el enseñador de los niños?”, que leemos en la traducción del *Cordiale* hecha por Gonzalo García de Santa María a fines del s. XV<sup>54</sup>, median la transformación del adverbio de lugar, desde *ó* hasta la forma con cruce morfológico y pleonasma en *dónde*, y la sustitución de *ser* por *estar*.

Ambas fueron paulatinas; en particular la forma del adv. de lugar (tan fluido desde los orígenes) dependió no solo de la confluencia de *ubi* > *ó*, *dó*<sup>55</sup> y *unde* > *ónde*<sup>56</sup>, sino durante largo tiempo y aún hoy, de razones de énfasis, de ritmo, de *variatio*, y acaso de claridad, como lo demuestra la concomitancia de, p. ej., *adó* y *dó*, en el *Rimado de Palacio* de Pedro López de Ayala:

¿Adó los nobles vestidos de paño muy onrado?  
¿Dó las copas e vasos de metal muy preciado? (565cd)<sup>57</sup>.

<sup>54</sup> Cf. el *Libro de las cuatro cosas postrimeras ... El qual libro llaman Cordial* (Zaragoza: P. Hurus, 1494), trad. española de un librito muy difundido con el título de *Cordiale quattuor novissimorum*.

<sup>55</sup> En el MS escur. I.1.8 que contiene una adaptación aragonesizada de fines del s. XIV de un romanceamiento del XIII, leemos en *Job*: “dó es la casa del capdiello? Et ¿dó es la morança de los malos? (21:28); y en el esc. I.1.6: “non sabes dónde viene o dó va” (*Jn.* 3:8), con *dó* en lugar del normal *ó* para evitar el hiato.

<sup>56</sup> Cf. “Dize un doctor —¿Ónde es agora el reigno muy grande...? ¿Ónde es agora el inperio de los de Persia”, en C. SÁNCHEZ DEL VERCIAL, *Libro de los Exemplos por A. B. C.*, ejemplo CCCIV, en *BAE*, LI, pág. 519; en la ed. de J. E. Keller, Madrid, 1961, pág. 278.

<sup>57</sup> *Poesías del Canciller Pero López de Ayala*, ed. A. F. Kuersteiner, Nueva York, 1920, vol. II, pág. 96.

o en el *decir* del Comendador Ferrán Sánchez de Talavera:

Pues ¿dó los imperios e dó los poderes,  
reinos, rentas, e señoríos?  
¿Adó los orgullos, famas e bríos...? vv. 49-51,

o de *donde* y *do* en la adaptación en prosa de la ya citada *Visio Philiberti*: “¿dónde son las piedras preciosas... ¿dó son los tesoros? ¿dó son...” (loc. cit., pág. 52), y de *donde, adonde* en el *dezir* de Sánchez de Talavera (aunque no en la formulación del tópico; vv. 13-14).

En cuanto a *ser* y *estar* vemos que aún a fines del s. xv alternan en la traducción ya citada de Gonzalo García:

¿En dónde es el letrado? ¿En dónde está el que pesa las palabras de la ley?  
¿En dónde está el enseñador de los niños? (Ecli. 33:18, 4r).

5.112 Además de la fórmula *¿ó es?* o *¿dónde está?* con todas sus variantes, hallamos también desde el s. xv *¿Qué es de...?*: “E qué es de la fortaleza de Santsón, e Hércules el fuerte, e de la gentileza de Paris...” pregunta F. de la Torre tras haber ensartado en serie la repetición de *¿Adó?*<sup>58</sup> “Qu’es de Nínive? / ¿Qu’es de Thebas? ¿Qu’es de Atenas?”, escribe el Marqués de Santillana<sup>59</sup>; “...d’ellos qué es?” (Fr. Migir, loc. cit., v. 104).

El verbo puede omitirse, siendo entonces la fórmula *¿Qué de...?*: “E ¿qué de la fermosura de Absalón o Narciso?, ¿qué de la firmeza e lealtad de Tristán, Amadís e Riscardo?” (F. de la Torre, loc. cit.). Creo que la elipsis es de la cópula, y no del *verbum dicendi* según podría sugerir la forma más extensa “¿Qué me dizes de...?”, que encontramos en el diálogo muy estilizado y latinizante *De vita beata*: “¿Qué me dirás de Prisco Tarquinio? ¿Qué de Servio Tulio? ¿Qué de

<sup>58</sup> *Cancionero y obras en prosa*, ed. A. Paz y Mélia, Dresden, 1907, pág. 35, citado por J. F. GATTI, pág. 117.

<sup>59</sup> *Bías contra fortuna*, estrofa núm. 18, en *NBAE*, vol. XIX, pág. 480.

otros muchos reyes, sin dubda buenos, que fueron de muerte cruel insidiados?"<sup>60</sup>.

Con la fórmula *¿Qué es de?* alterna la otra *¿Qué fue de?*. Véase el *dezir* ya mencionado de G. Martínez de Medina, donde como exordio de la estrofa de arte mayor se repite el *Mira ¿qué fue de...?* (v. 73, ya citado, y vv. 81, 97).

*¿Qué es de?* y *¿Qué fue de?* irrumpen en el área que antes había ocupado el sintagma con adv. de lugar; lo que se lleva a cabo por un proceso que intuimos, pero que no podemos documentar aún puntualmente en su aspecto lingüístico<sup>61</sup>.

Por otra parte, *¿Qué fue de...?* se codea desde su aparición con *¿Qué se hizo...?* "¿Qué se fizieron los emperadores / papas e reyes, grandes perlados, / duques e condes, cavalleros famados...?" (F. Sánchez de Talavera, loc. cit., vv. 17-19), con una alternancia que, además de sintáctica, podría considerarse como de suplencia (como sucede en lat. *esse, fieri, factum est*).

Cambio de construcción hay también cuando *¿Qué fue de?* alterna con (*¿o desemboca en?*) *¿Qué fue...?* *¿Qué fueron...?* concordando en número con el sujeto, como sucede con *¿Qué se hizo...?*, *¿Qué se fizieron...?*, en una construcción que merecerá examinarse aparte por sus implicaciones estilísticas.

5.113 Otras variantes en castellano representan interpretaciones del *¿Ubi sunt?*, algunas con modelos ya en latín; así: "Qué pro les tuvo?": "¿Qué pro les tuvo la grand excellencia, / los ricos tesoros...?" (G. de Medina, loc. cit., vv. 94-95) o "¿Qué logran...?": "¿Qué logran so tierra las sus mancebías?" (F. Sánchez de Talavera, loc. cit., v. 30), y la pregunta más explícita sobre la felicidad que ya no se goza: "César,

<sup>60</sup> Cito de la ed. ya mencionada de *Testi spagnuoli del secolo XV* de G. M. BERTINI, pág. 115.

<sup>61</sup> H. KENISTON en su *Syntax of Castilian Prose. The Sixteenth Century*, Chicago, 1937, no veo que trate este problema.

Marcelo y el grand Alexandre, ¿qué felicidad sienten agora?" (J. de Lucena, loc. cit.).

5.12 Las versiones *¿dónde está...?* y *¿Qué es... o fue de...?* se distinguen, aquélla por ser calco, ésta como interpretación, pero más literal de lo que a primera vista parece.

La traducción con el adverbio de lugar, según vimos, priva en los ss. XIII y XIV y aún se conserva en las dos centurias siguientes, cuando los poetas vernáculos quieren adherirse muy de cerca a los modelos latinos para recalcar la desaparición de los sabios y poderosos del pasado, y para subrayar la caída de los grandes personajes de la antigüedad, la desaparición de los sabios (o aun, en caso, de reyes aztecas)<sup>62</sup>.

Hasta veinticuatro veces repite el *¿adó?* F. Sánchez de Talavera, pero ya en su *dezir* la fórmula recibida sucede al *¿Qué se fizieron...?* citado arriba; y en la composición ya aludida del Marqués de Santillana leemos:

Pregunto: ¿qué fue de aquellos que fueron

¿o qué fue de...

...¿cómo se perdieron?

Pregunto: ¿qué fue...

E todos los otros, pregunto, ¿adó son? (1, 3, 5, 9, 16).

Asimismo en la prosa de F. de la Torre, la repetición de *¿Qué de...?*, que ya vimos, se halla entre dos largas series de *¿Adó...?*

En cambio, en las *Coplas* de J. Manrique el *¿Dónde está(n)?* queda arrinconado. El más notable poeta castellano que adoptó nuestro tópico ya no se vale de la forma primitiva. ¿Hay para ello un motivo?

5.1211 Aparte el hecho de que en los modelos latinos pudo haber un *¿Quid?* como en el pasaje citado de Boecio, observamos que no pocas veces en los textos castellanos el *¿dó(nde)?* va seguido de un verbo de movimiento ("E más cerca me llegando / quiero saber vuestros padres, / vuestros

<sup>62</sup> Cf. los vv. citados por M. MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.*, pág. 404, n. 1; el texto, traducido o imitado por J. PESADO (con alternancia de *¿Dónde?* y *¿Dó?*) le parece a Menéndez Pelayo "una invención" del s. XVI o del XVII.

parientes e madres / ¿dónde son idos e cuándo? / e ¿dó son pasados Magno e Asdrúbal?» escribe Gómez Manrique<sup>63</sup>, y Santillana: “¿Adó se sumieron Davit e Absalón, / el grand Josué, Saúl, Tholomeo, / Poro e Darío, e Judas Machabeo?”, *Pregunta*, v. 13), o hay intervención activa de la Muerte o de un animal simbólico (“¿Cuál drago / tragó todos éstos?”: Fr. Migir, loc. cit., vv. 103-104); lo que parece indicar que los escritores vernáculos percibían la función literal, localizadora del pronombre, realzada en castellano por la incursión de *estar* en el terreno de *ser*, y, además, por la propia forma cada vez más sonante del adverbio de lugar (v. s. 5.111).

¿Dónde está? pregunta más bien por el paradero<sup>64</sup>, ¿Qué es o fue de? y ¿Qué se hizo? sugieren un movimiento abierto y una evolución<sup>65</sup>.

5.1212 ¿Qué es o fue de...? o ¿Qué se hizo de...? se prestan para introducir tanto entidades concretas como conceptos abstractos. Véase en la *Dança general*: “¿Qué fue ora, mesquino, de quanto aprendí, / de mi saber todo e mi libellar?”<sup>66</sup>; y en el *dezir* de Diego de Castillo: “¿Qué es de tu vida?”<sup>67</sup>; v. q. A. Alvarez de Villasandino: “¿Qué se hizo lo pasado?”<sup>68</sup>.

<sup>63</sup> *Debate de la razón contra la voluntad*, en M. MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.*, vol. V, pág. 19.

<sup>64</sup> Huelga advertir que hoy la pregunta real “¿dónde está?” hace suponer que el interlocutor sepa o pueda saber el paradero real de la persona o cosa por la que se pregunta. Cf. hoy: “¿Dónde está tu hijo?”, “¿Dónde están las llaves?”, que en la lengua coloquial tienden a quedar remplazados por “¿Dónde tienes...?” o “¿Dónde has metido...?” para los objetos inanimados y “¿Adónde se ha metido...?” y similares para los animados.

<sup>65</sup> Hoy en la lengua hablada “¿Qué fue de...?” deja más resquicio para que la contestación sea negativa: “Ya no existe”. Así, si se pregunta: “¿Qué fue de aquel viejecito...?”, “¿Qué fue del sillón de mimbre que tenais en la terraza?”. Por tanto se aplica a objetos normalmente inamovibles. Puede decirse: “¿Qué fue de aquel árbol que antes daba sombra a la casa?” y no “¿Dónde está...?”.

<sup>66</sup> vv. 323-330, cito de mi ed. de la obra, de próxima aparición.

<sup>67</sup> *NBAE*, vol. XXII, pág. 217b. Por supuesto no ha de confundirse con el sentido que tendría hoy la misma frase en la lengua coloquial.

<sup>68</sup> *Cancionero de Baena*, ed. cit. pág. 642a.

5.122 La diferencia entre las dos fórmulas es como de *esse* a *fieri*: *¿Dónde está?* predica inexistencia si se recalca su empleo retórico en el ámbito del lugar común; *¿Qué es, fue o se hizo de?*, más dinámico a la par que más indefinido, pregunta por el estadio final de un proceso que de la existencia puede muy bien llevar a la inexistencia. El predominio del pretérito *fue* o *se hizo* ensalza la dimensión tiempo: colocándonos retrospectivamente al principio de la transformación nos deja holgura para que llenemos con la fantasía el intervalo que media hasta el paradero último. Entre los dos tipos se halla la forma, esporádica, *Qué quedó de...*<sup>69</sup> que tiene en común con *¿Dónde está?* lo estático y más definido del lexema *quedar*, con *¿Qué fue de?* el tiempo del verbo.

5.2 Los demás elementos que entran en el tópico corren paralelos con los modelos latinos, y lo que se vio acerca del *¿Ubi sunt?* servirá para señalar algunas de las características del tópico en castellano y para trazar los contornos dentro de los cuales admite variación.

5.21 En cuanto al orden de las palabras, si consideramos la colocación del sintagma interrogativo respecto al resto de la oración, hemos de advertir que en castellano, si se quieren poner de relieve las cosas y seres desaparecidos, el orden sería normalmente el de este pasaje de Malón de Chaide: "y vuestra cortesanía, ¿dóla?"<sup>70</sup> El calco del *¿Ubi sunt?*, sin embargo, impone la colocación inicial de la fórmula, quedando la posición final para el fin estilístico de la *variatio* o para rematar y concluir; así sucede, p. ej., al final de la composición ya mencionada de Fr. Migir: "... / pues todos éstos, dezidme, ¿dó son?"

<sup>69</sup> Cf. "Veréis qué quedó de aquella noble, grande e fuerte cibdad troyana e de la valentía, grandeza y ánimo de la ectórea magestad", en F. DE LA TORRE, *loc. cit.*, pág. 35. V. q. el Marqués de Santillana en su *Pregunta de nobles*: "o qué les fincó del bien temporal?", v. 56.

<sup>70</sup> Cf. *BAE* XXVII, 412b, cit. por DCE s. v. *donde*.

5.22 La ausencia del verbo es una característica que acusa a cada paso el origen latino del tópico (“adó los imperios? ¿adó los poderes?”: F. Sánchez de Talavera, loc. cit., v. 49), además de ser medio, junto con la colocación del sustantivo sujeto, o del vocativo, para aliviar la monotonía en la repetición de la pregunta, como en latín.

5.23 El adverbio de tiempo también se conserva ocasionalmente; recuérdese el “¿Ónde es agora...?” del *Libro de Exemplos por A. B. C.* que citamos arriba (5, n. 56). V. q. E. de Villena en el *Tratado de consolación* al traducir una “Epístola consolatoria de S. Jerónimo a Eutropio”: “¿Adó es agora aquella esclareciente ponpa? ¿Adó son...” y más abajo “¿Adó son agora los enfengidos amigos? ¿Adó las varias de los lisonjeros caras?”<sup>71</sup>, con evidente intento de variar. Al pasar a la nueva formulación el *nunc* de la pregunta se trueca por *ya*: “... o qué ya se fizo el rey de Thessalia” (Santillana, *Pregunta*, v. 51).

5.24 El elemento de apoyo que señalamos en 4.221 reaparece en romance y sugiere que en las adaptaciones vernáculas se transcriba “Mira ¿dónde...?, Dime ¿dónde...?”<sup>72</sup>, y no “Mira o Dime dónde...” como hacen generalmente los editores, no sin algún argumento a favor, como podría serlo el discurso indirecto de la *Pregunta a nobles* del Marqués de Santillana, donde tras una serie de “Pregunto: ¿qué fue...?” resuelta por nosotros por el estilo directo leemos: “Pregunto esso mesmo; que no sé qué sea / del grand Alixandre... / o qué fue de Nino ...” (33-35).

5.25 El sujeto (u objeto lógico) repetido aparece también aquí escueto, o modificado por adjetivos consabidos (“el fuerte Sansón”; Santillana en su *Pregunta* v. 9, “el gran Lauma-

<sup>71</sup> Cf. loc. cit.; la epístola es apócrifa.

<sup>72</sup> Así en el *dezir* citado de G. MARTÍNEZ DE MEDINA: v. q. *Visión de Filiberto*, pág. 52.

dón” v. 41, “el bravo Aníbal” v. 49). Merece mencionarse la modificación de relativo, que puede ser especificativa, formando entonces un todo descriptivo con el sujeto, como en el párrafo de la *Visio Filiberti* en castellano que hemos citado arriba, o explicativa, describiendo la persona desaparecida en su valor intrínseco por acciones o poder, o en la reacción de quienes la conocieron, la amaron o le estuvieron sometidos. Todo ello dentro de la estructura del alejandrino: “¿Dó... / Los parientes e ermanos que'l tenían acompañado?": Pedro de Ayala, loc. cit., del verso de arte mayor (“Amigos, amigas, que mucho amamos, / con quien comimos, bevimos, folgamos”: Sánchez de Talavera 26-27), o de los respectivos metros, de los cuales ninguno, sin embargo, se presta a la distribución que veremos en el pie quebrado, o de la prosa, en la que la construcción de relativo es casi congénita. Véase, p. ej., el *Libro de los buenos proverbios*, traducción del s. XIII, de las sentencias morales de los filósofos, de Honein ben Ishah (809-875) en el capítulo “De los enseñamientos de Alixandre”, donde uno de los dieciocho filósofos que pronuncian alguna sentencia o reflexión junto a la tumba de Alejandro, echa de menos el poder y la sabiduría del emperador difunto:

¿Ó el tu regnado, que era temido, y la tu nobleza, que era buscada e demandada, e el tu poder, de que era acompañado, e la tu ondra, que era quista e amada, e la sapiencia de filosofía y el tu entendimiento de la dialéctica? <sup>73</sup>.

5.26 En castellano, como en latín, la pregunta puede tener “la callada por respuesta”, para adoptar las palabras de P. Salinas, o puede contestarse con una afirmación de la inexistencia, directa o por comparación. Así Fernán Sánchez de Talavera:

¿Adó sus saberes e sus maestrías?  
 ¿Adó sus palacios, adó su cimiento?  
 Cerrado el ojo, paréscenme viento.  
 (118-120, loc. cit.).

<sup>73</sup> Ed. H. KNUST, *Mittheilungen aus dem Eskurial*, Tubinga, 1879.

En prosa, como en el texto castellano de la *Visión de Filiberto*, cabe también la observación concreta, particular, en son de cruel ironía:

No me parece que tienes aves gruesas como solías, nin comes salvajes e salpresas como solías... (loc. cit., pág. 52).

6.1 Muchos han querido desentrañar el secreto de las *Coplas* como obra de arte; se ha dedicado una hermosa página a su ritmo<sup>74</sup>, y se ha querido hacer “un análisis de estructura que *manifestase* la intención artística en el proceso de creación”<sup>75</sup>. Pocos, que yo sepa, excepto L. Spitzer<sup>76</sup>, se han detenido en la tarea más humilde de señalar rasgos formales al parecer secundarios<sup>77</sup>. Aquí subrayamos los que afectan a nuestro tópico o son afectados por él, y que pueden servirnos de piedras de toque para aquilatar el parecido o las diferencias — e innovaciones — respecto a la tradición anterior<sup>78</sup>.

<sup>74</sup> R. DE BALBÍN, *Sistema de rítmica castellana*, Madrid, 1962, págs. 48-50.

<sup>75</sup> G. ORDUNA, *Las “Coplas” de Jorge Manrique y el triunfo sobre la muerte: estructura e intencionalidad*, en *Romanische Forschungen*, LXXIX, 1970, págs. 139-151.

Antes se había impuesto la división tripartita que sugirió R. BURKHART: “la meditación sobre la caducidad de la vida (estrofas 1-14), la versión manriqueña del viejo tema del *Ubi sunt* (estrofas 15-24) y la conmemoración de la vida y muerte de don Rodrigo (estrofas 25-40); cf. *Leben, Tod und Jenseits bei Manrique und Villon*, en *Kölner Romanistische Arbeiten*, t. I, Marburgo, 1931.

<sup>76</sup> Cf. *Dos observaciones sintáctico-estilísticas a las “Coplas de Manrique”*, en *NRFH*, IV, 1950, 1-24 [trata de la oración de inf.; v. q. i. n. 82].

<sup>77</sup> Aunque todos los que han tocado las *Coplas* en historias literarias y ensayos especiales (véanse ahora enumerados muchos de ellos en *RFE*, III [1970], 96), han aludido de una manera u otra, más o menos vaga, a la adecuación entre musicalidad y forma métrica de las *Coplas*, halló una exhortación más que una realización en el sentido que aquí sugiero en el ensayo de H. PETRICONI, *Villons Ballade und Manrique Coplas*, en *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, 1934, págs. 343-360; cf. en particular la pág. 352, donde P. subraya él también el aspecto formal de la pregunta.

<sup>78</sup> Las *Coplas* de MANRIQUE se hallan en el *Cancionero Castellano* del s. xv, ed. cit., vol. II, págs. 228-234, de donde cito con algunos ajustes gráficos y conservando el ordenamiento de las estrofas, que me parece el más acorde con la distribución de los conceptos de la caducidad y de nuestro tópico. Más accesibles son las eds. de A. Cortina, *Cancionero* en *Clásicos castellanos*, Madrid, 1929; ed renovada, 1941, y en Italia, las que citamos más abajo en la n. 93.

6.11 En cuanto al tópico en sí podemos decir que en su presencia continuada estriba la diversidad no solo temática sino formal que separa las *Coplas* de Jorge Manrique de los *Consejos a Diego Arias de Avila* de su tío Gómez, cuya composición se ha considerado como el modelo más próximo de nuestro poeta<sup>79</sup>. Una presencia mucho más difusa del tópico, en cambio, distingue al poema manriqueño de los versos de *¿Ubi sunt?* que hemos leído en los Cancioneros, donde las preguntas calcadas en el latín constituyen una unidad mejor deslindada y compacta, aun cuando, como en el *Bías contra Fortuna* de Íñigo de Mendoza, se ha aflojado la martilleante disposición anafórica.

Muchas veces se ha subrayado la preterición de troyanos y romanos (vv. 169-180) al comienzo de las estrofas que generalmente se consideran como las correspondientes a nuestro tópico en el poema de Manrique. Omitiendo a los personajes más alejados en el tiempo, el poeta se sustraería a la abigarrada mezcla de historia y leyenda y a las formas paralelísticas o enumerativas en que ésta se realizaba.

Pero observamos que en las *Coplas* la constatación de la inexistencia de todo lo que suscitara antaño la admiración o la apetencia, se da mucho antes de que empiece la serie de preguntas que nos alerta acerca de la imitación del *¿Ubi sunt?* (lo efímero se afirma en el v. 110, trasladando la pregunta al *verbum dicendi*: ¿quién lo duda? 111; se describe con una comparación en el v. 136, y una metáfora en el v. 161), y aun se anticipa el tópico propiamente dicho cuando se pregunta de la belleza “¿quál se para?”, 90.

Además no hay que olvidar las oraciones no interrogativas (aunque contengan una interrogativa indirecta, 175-177, o tomen hechura de exclamación, 205-210, 232-234, o sea aprovechen otra forma retórica análoga a la nuestra) que interrumpen las series de las preguntas, intercalándose entre 181-204, 217-228, 247-270 y 277-285 y preparando también la transición para la citada loa de Rodrigo.

<sup>79</sup> Cf. MENÉNDEZ PELAYO, *loc. cit.*, pág. 403.

Agréguese a ello que tanto antes como después de la copla XVI se entretrejen con el nuestro otros motivos, el de la Fortuna 11-120 y en especial el de la Muerte niveladora 163-168 y destructora 235-237, 274-276, 286-288.

Por lo cual, tanto en lo formal como en lo temático, la composición no se puede dividir horizontalmente por coplas. El *¿Ubi sunt?* hace de sostén a una serie de pensamientos sobre la caducidad, bellamente entretrejididos, y a su vez se explaya en una serie de expresiones curvilíneas que, discurriendo por diversos caminos, nos devuelven una y otra vez al mismo punto, dándonos un bello ejemplo de cómo la repetición de una misma y única emoción salva a la línea de disolverse<sup>80</sup>.

6.12 En las unidades inferiores del tópic que moldea tan libremente J. Manrique, vemos también una variedad muy significativa. La fórmula inicial no aparece nunca como calco del latín: el adv. de lugar se emplea solo dos veces, con un verbo que denota movimiento: “¿dónde iremos a buscarlos?”, 226, y movimiento, además, de una abstracción personificada, cuando el poeta se dirige a la Muerte: “¿Dó los escondes / y traspones?”, 269-270 (v. s. 5.1211). En los otros casos, aparte el “¿qué aprovecha...?” del v. 285, los sintagmas son todos del tipo que pusimos bajo la rúbrica de lat. *fieri*: “¿Qué se hizo...?”, 181, 199, 202, “¿Qué se hizieron...?”, 183, 193, 196, “¿Qué fue de...?”, 184, 185.

Todo esto sería ya de por sí un índice de la variedad de dicción y de flexibilidad sintáctica que caracteriza esta parte. Pero hay más. Hemos de observar, en primer lugar, las distintas posibilidades que el poeta aprovecha en la colocación de la fórmula (en la que nunca hace cargar adverbio alguno) respecto al sujeto (u objeto lógico: lo que se echa de menos). En la primera parte hasta 202, tras dos preguntas que forman quiasmo (181-183), los sintagmas interrogativos sirven de exordio, según la disposición tradicional; desde 217 precede el

<sup>80</sup> Me parece que cabe aquí el término “stilisiere Ansichten” que emplea R. INGARDEN, en su ensayo *Das litterarische Kunstwerk* (Halle, 1931), al considerar la selección de los datos para plasmar las situaciones.

sujeto (217-224, 247-250, 253-264, 265-270, 277-285), alternando dos veces con preguntas constituídas por el solo predicado. Lo cual, dicho sea de paso, prepara la transición al panegírico del caballero difunto: “Aquel de buenos abrigo...”, 289.

También la enunciación del sujeto (u objeto lógico) se diversifica en un crescendo que va desde el solo nombre propio en el v. 181 hasta la enumeración de diez nombres comunes (277-284) y alterna en el modo de pluralizar, desde el sing. representativo: “la cava, honda, chapada” 283 y el sing. precedido de un adj. indef. pluralizado: “tanto galán” 184, “tanta invención” 185, “quanto grand señor” 233, hasta los plurales propiamente dichos: “Tantos duques excelentes” 265, “Sus infinitos thesoros” 247, “las huestes innumerables” 277, y en la presentación del sujeto mismo, en nombres escuetos que encierran en sí toda su eficacia: “las justas...” 190, “las damas” 193, “los jaezes” 223, “los muros e baluartes / e barreras” 281-282, en nombres modificados de distinta manera por medio de adjs. ponderativos: “las dádivas desmedidas” 217, “... e atavíos tan sobrados” 224, o de calificativos apropiados: “las músicas acordadas” 200, “las vajillas tan febridas” 220, “Tantos duques excellentes” 265, o determinados por adjs. posesivos: “sus tocados e vestidos / sus olores?” 194-195, “Sus infinitos tesoros, / sus villas e sus lugares, / su mandar” 247-249, y por adjs. demostrativos: “aquel trobar” 199, “aquel dançar” 202, que a su vez preparan como por contraste la mención de la figura imperecedera del padre: “Aquel de buenos abrigo” 289. Por medio de la modificación de relativo en el pie quebrado se expresa en modo dinámico la posesión o acción pretérita: “... / que truxeron” 186, “... / que tañían” 201, “... / que traían” 203, mientras que la correlación evoca la parte que tuvieron el poeta y los suyos: “tantos marqueses e condes / e varones / como vimos tan potentes” 266-268.

La mención de personajes históricos de un pasado cercano sigue el orden cronológico, pero sin uniformidad, ya que algunos acuden desligados entre sí (“el rey don Joan / los infantes de Aragón” 181-182, “pues aquel grand Condestable” 241), otros atados por nexos sintácticos (“Pues el otro, su he-

redero, / don Anrique” 205-206 [Enrique IV], “Pues su hermano el Inocente” 229 [don Alfonso], y otro, solo por una analogía circunstancial (de consanguinidad) (los infantes de Aragón, “E los otros dos hermanos, / maestros tan prosperados / como reyes” 253-255 [Juan Pacheco y Pedro Girón, maestros de Santiago y Calatrava])<sup>81</sup>. A lo cual corresponde en la enumeración de nombres comunes, el uso desigual de la conj. copulativa (intercalada entre los dos primeros miembros de la enumeración: “sus tocados, e vestidos, / sus olores” 194-195; v. q. 247-249; omitida en el asíndeton en 199-200, 202-203, repetida en el polisíndeton: “marqueses e condes / e varones” 266-267; v. q. 281-282; y empleada como nexos copulativo del tercer término, que sería la forma corriente si la enumeración no quedara interrumpida por un complemento especificativo: “. . . los jaezes, los cavallos / de sus gentes, e atavíos / tan sobrados” 223-225)<sup>82</sup>.

Las preguntas, por fin, se formulan como era de su naturaleza, sin contestación (así en los vv. 181-186, 193-204), o con ella; en cuyo caso coinciden las coplas de interrogativo con las otras de forma ponderativa, o sea la XVIII, o ponderativa aseverativa, la XX, o aseverativa en parte, la XXIII.

La contestación tiene siempre forma interrogativa, y puede darse directamente:

Sus infinitos tesoros

.....

¿qué le fueron sino lloros?

247 y 250.

<sup>81</sup> Para el fondo histórico y para la identidad de los infantes de Aragón cf. respectivamente A. SERRANO DE HARO, *Personalidad y destino de Jorge Manrique* Madrid, 1966, págs. 172-173, y F. RICO, *Una copla de Jorge Manrique y las fiestas de Valladolid en 1428*, en *Anuario de Estudios Medievales*, 1965, págs. 515-524. Para el posible sentido “fechado” de *trobar* sin “Músicas acordadas” cf. G. CARAVAGGI, *Nota manriqueana*, en *Studi di Letteratura spagnola*, Roma 1966, pág. 165.

<sup>82</sup> Según Spitzer al acusativo interno con repetición del mismo tema produce “un efecto mágico de insistencia, de solemnidad”, pág. 6. A los ejemplos que el insigne estilista aduce podrían agregarse otros de los romances bibles castellanos; cf. el ya citado MS Esc. 1.1.6: “echó'l en cárcel por Erodias, muger de Philip, so ermano que tenié”, *Mat. 14:3*, donde el original lat. reza “. . . uxorem fratris sui”, que nos obliga a estudiar el problema en un plano más concreto de lengua antes de pasar a la expresión poética.

o puede darse por una comparación que se cierra con el cumplimiento del proceso anonadador:

aquella prosperidad,  
que en tan alto fue subida  
y ensalçada,  
¿qué fue sino claridad,  
que cuando más encendida  
fue amatada?

259-264.

o queda abierta para que la imaginación la complete:

¿Qué fueron sino verduras  
de las eras,  
las justas y los torneos?

188-190.

Lo que en la Biblia era término de comparación (cf. *Ho-mo... tamquam flos agri sic effloreat*" *Ps.* 102:15<sup>83</sup>) es aquí atributo predicativo, aún más íntimamente entrelazado con el sujeto que en la otra pregunta "quál se para", 90, a la que aludíamos arriba (y que en aquella copla tiene la contestación independiente en lo sintáctico "se torna..." 94).

Tal unión de pregunta y respuesta queda rematada por la introducción del pronombre personal átono, que consagra el deslizamiento del tópico hacia su nueva forma en el ámbito romance; cf.

Sus infinitos tesoros

.....  
¿qué le fueron...  
¿fuéronle...

247, 250 y 251.

6.2 Las *Coplas* de J. Manrique por la muerte de su padre son el texto que más aplauso ha recibido en su género en el

<sup>83</sup> V. q. *Ps.* 89:6, *Is.* 51:12 y *Job.* 14:2; contienen todos la misma imagen sacada de la vegetación y que desarrolla especialmente Isaías en: "Omnis caro foenum, et omnis gloria eius quasi flor agri" (40:6).

Siglo de Oro<sup>84</sup>, y más consentimientos en la época contemporánea: Azorín en sus ensayos *Al margen de los clásicos* nos transmite su recuerdo del poeta como de “cosa etérea, sutil, frágil, quebradiza”<sup>85</sup>. Le evoca Miguel de Unamuno en su poema lírico “Al pasar por Carrión de los Condes”<sup>86</sup>. Pedro Salinas le hace objeto, en 1947, del hermoso libro del que hemos tenido ocasión de citar. Otro poeta de la misma generación, Jorge Guillén, titula una de las secciones de su *Maremagnum* con el verso “Que van a dar en la mar” y recoge a lo largo de ella varios ecos y aun citas literales de las *Coplas*<sup>87</sup>. Antonio Machado dedica una Glosa (n. LVIII) a “Nuestras vidas son los ríos...” y luego unos párrafos muy densos de su *De un cancionero apócrifo*: Juan de Mairena<sup>88</sup>, a los versos 193-204. Federico García Lorca proyecta la exaltación de las virtudes del padre de Manrique sobre la imagen del torero muerto<sup>89</sup>.

Es significativo que cuatro de los poetas mencionados reparen especialmente en la adaptación manriqueña de nuestro tópico, que Salinas define impulso ardiente de la más intensa

<sup>84</sup> Cf. M. MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.* págs. 419-421. Las glosas han sido publicadas en facsímil por A. PÉREZ CASTRO, *Glosas a las Coplas de Jorge Manrique* (Cieza, 1961-63), y han sido objeto de un estudio, desgraciadamente muy superficial, por N. SÁNCHEZ ARCE, *Las glosas de Jorge Manrique*, Madrid, 1956.

<sup>85</sup> Buenos Aires, 1958, págs. 18-19.

<sup>86</sup> *Cancionero*, Buenos Aires, 1953, pág. 407, reproducido también por N. SÁNCHEZ ARCE, *loc. cit.*, pág. 11. Podría recordarse como eco más logrado del *¿Ubi sunt?* el poema *Para después de mi muerte*, en Miguel de Unamuno. *Poesie*, con traducción italiana de R. PAOLI, Florencia, 1968, págs. 10-14.

<sup>87</sup> En la ed. *Aire nuestro*, Milán, 1968, cf. las págs. 731 y sigs.

<sup>88</sup> En la ed. de O. Macrí con traducción italiana, que tengo a la mano, por la generosidad de su autor, *Poesie*, 2ª ed., Milán, 1961, cf. págs. 832-840. Véase ahora también el estudio de P. DE A. COBOS, *El pensamiento de Machado en Jorge Mairena*, Madrid, 1971.

<sup>89</sup> Véanse los vv. 54-66 de *La sangre derramada* en el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, en *Obras completas*, Madrid, 1960, pág. 469. Para una recopilación de textos con algunas observaciones caracterizadas por sensibilidad estética, pero sin pretensiones de penetración histórica, cf. M. PINNA, *Echi delle Coplas de Jorge Manrique nella poesia contemporanea*, en *Filologia moderna* (1962), 89-99, reimpresso en *Studi di Letteratura spagnola*, Ravenna, 1970, págs. 205-226.

vida del alma (pág. 86), y Guillén de "vago lugar común" que se "posa en el alma"<sup>90</sup>.

La evocación de Unamuno en el poema al que aludíamos arriba:

Y los Condes, ¿qué se hicieron?  
¿Qué del Cid y su romance?  
Tus coplas, ¿dónde se fueron?

nos da la medida, por la inexactitud formal de la pregunta del tercer verso, de la aproximación con que hoy se recuerdan las palabras de Manrique y de la atención algo vaga que merece la modalidad específica de su utilización del tópico.

La forma interrogativa ha llamado la atención también de Salinas como "pregunta sin respuesta" (en lo cual asoma directa o indirectamente la interpretación del *ubi* como de adverbio de lugar), que además sería el *optimum* en la enunciación del tópico, y no la condición normal de su empleo. Citamos por extenso el pasaje en cuestión, al que ya aludimos arriba:

El efecto máximo de este esquema se da cuando no se contesta a la pregunta del adónde de un modo explícito, y la respuesta queda sobreentendida en el silencio. Es dar la callada por respuesta. Ese silencio traduce simbólicamente el inmenso no ser de la muerte, en el no ser de ninguna voz respondiente (pág. 161).

Mirando hacia España desde su destierro norteamericano (cuando le conocí enseñaba en la Universidad de John Hopkins), el poeta penetraba con afectuoso acierto en las tradiciones de su patria, y en el significado cristiano de la muerte, que había de sobrecogerle en tierra extranjera. Pero quizá se deje arrastrar cuando pone el acento en la carga de sensualidad, sin la cual, afirma, "no hay poeta entero", y que cree percibir en nuestro poema:

Jorge Manrique la mantiene celada e invisible en 38 de las estrofas de sus *Coplas*; pero en estas dos [la XVI y XVII] le hace traición. A la elegía se le suben los colores, como a una cara; se sonrosa de vida...

<sup>90</sup> "Lugar propio" 7-8; cf. *loc. cit.*, pág. 807.

La alta visión ascética que se mantiene tan firme en todo el poema desfallece por un momento, sin querer, y entre las cláusulas y los propósitos homiléticos sonrían, antiguas sirenas, las tentaciones (pág. 177).

A. Machado, además de prestar atención a la forma interrogativa, parece haberse fijado en la fórmula *¿Qué fue o se hizo?*, ya que nos habla de un “devenir en interrogante”, pero no sabemos si justamente esta formulación vernácula del tópico, no nueva, según vimos, pero habilísimamente aprovechada en todas sus variantes por el autor de las *Coplas*, induciría al poeta sevillano a aseverar con una afirmación que interesa sobre todo a los críticos del propio Machado y en particular de su concepto del tiempo, de hondas raíces bergsonianas, que “la emoción del tiempo es todo en la estrofa de don Jorge” (pág. 846).

También ve en el *qué se hicieron* una función individualizadora que en realidad está más acorde con su propia percepción de la sensibilidad de Manrique al intuir y rememorar las vivencias del pasado, que con una realidad de habla.

Pero nos quedamos con la duda de si aun por comparación con el soneto de Calderón *A las flores*<sup>91</sup>, se pueda afirmar que el autor de las *Coplas* “no pretende saber nada” (*ibid.*).

<sup>91</sup> Por lo demás las observaciones del poeta sevillano son valiosísimas para aquilatar la reacción del lector de su generación — y finísimo además — ante los versos de Calderón comparados en su conjunto en modo impresionista con una estrofa de Manrique. Sin embargo, yuxtaponiendo “cosa con cosa” en un análisis filológico, tan “universales” son “el albor de la mañana” o “la noche fría” como los símbolos de la caducidad que se aducen en las *Coplas* (sólo que los de Manrique son en sí más “flúidos”, dan una impresión de *non finito*, y por lo mismo son menos convencionales, a pesar de la usura; los del poeta barroco, más compasados y fijos en sus contornos); casi tan específicas son asimismo las flores de Calderón (“Éstas” y no otras) como el *trovar* y el *dançar* que recuerda Manrique (“aquéllos y no otros”, pág. 846). En cuanto a la “impresión del tiempo” que nos da Manrique y no Calderón, ambos poetas se colocan fuera del tiempo, éste al describir a las flores como símbolo de caducidad cuando se sitúa entre el pretérito “fueron” y el futuro “mañana serán” (o sea en el centro de un proceso circular que, por repetirse una y otra vez se realiza en un tiempo indeterminado e impersonal y por acabar una y otra vez en la nada lo anula); aquél en forma más explícita y abstracta, en la segunda estrofa, cuando escribe: “Pues si vemos lo presente / cómo en un punto s'es ido / e acabado... / daremos lo non venido / por pasado”, 13-15, 17-18, con antecedente directo, p. ej., en Mena e inspiración directa o indirecta en Séneca (cf. K. A. BLÜHER, *Seneca in Spanien*, München, 1969, págs.

Una parte de la obra literaria (aquí la estrofa XVI) desgajada de su contexto, se presta fácilmente (¿habrá que repetirlo después de tantos años de crítica dantesca?) para una interpretación subjetiva. La crítica contemporánea, y particularmente el último aserto de Machado, plantean una vez más la diferencia entre la recepción de un texto, y la intención original del autor. Ambas tienen sus derechos, pero en órdenes distintos.

7. Si nos es lícito desgajar de su contexto la afirmación de Machado de que Manrique “no pretende saber nada”, hemos de asentir en ello en cuanto que ni la reflexión filosófica ni la religión han corrido el velo que separa esta vida terrena de lo que ya no puede caer bajo una experiencia sensible, ni pretenden explicar el misterio del “juicio divino”, que en cualquier momento puede interrumpir nuestros sueños y aspiraciones cuando más esperanzadoras parecen (cf. 238-240). Pero no podemos dejar de percatarnos de que lo sabe todo; o sea se siente bien fundado en el concepto que el cristiano tiene de la vida y de la muerte; o, mejor dicho, de la vida vista desde la muerte (lo que de por sí le coloca en una posición bien distinta de la que adoptara en sus versos amorios y cortesanos, y que de ningún modo puede llamarse un “ciego huir a la mar”).

Fuerza es reconocer que las nueve estrofas centrales del poema, que suelen encabezarse con el “*Ubi sunt?*”, le sirven a Manrique para dar un mentís a las promesas del “mundo traidor” y que subjetivamente, en el orden psicológico, describen al vivo la ilusión de que “qualquiera tiempo pasado / fue mejor” 11-12. Le sirven, además, de premisa para conmemorar a su padre, que es a lo que va el poema, y demostrar cómo, gracias al despego de los bienes de este mundo, no malos en sí sino por el afán de posesión que inspiran (“este mundo bueno fue, / si bien usásemos d’él” 61-62), y al desprecio de la vida misma (385), le ha sido fácil a Rodrigo de Paredes abandonar

---

138-141). Del mismo modo hubieran podido completarse también las estrofas manriqueñas del “*¿Ubi sunt?*”, si el poeta medieval, tanto más explícitamente fiel al sentido cristiano del tiempo y de la muerte, no hubiese superado la idea de la caducidad (que es por lo que difiere también de Villon).

el cuerpo — el “bien absolu” según diría Gabriel Marcel — y adherirse a la voluntad de Dios, que redime todas sus acciones, y da un valor sobrenatural a las virtudes, ensalzadas en el otro tópico, también paralelístico, de los “claros varones” de la antigüedad <sup>92</sup>.

Así como la nada a la que aboca el afán de posesión de los bienes de esta tierra (*¿Qué se hicieron?*) es superada por Cristo, anonadado entre los hombres (43-48, 456-462), así también la alabanza de las virtudes naturales queda subordinada a la gracia como medio único y eficaz para alcanzar la gloria verdadera (“no por mis merecimientos, / mas por sola tu clemencia / me perdona” 466-468) <sup>93</sup>.

Así, tanto la negación del *¿Ubi sunt?* como la exaltación hiperbólica se engloban en un saber más alto, y lo que de otro modo hubiera sido un panegírico convencional, aparece como el cuadro definitivo de una existencia humana abierta hacia la eternidad.

8. Con más realismo hubiera podido titular estas notas “Interrogativos acerca del *¿Ubi sunt?*” Los biblistas interpretarán con más autoridad los pasajes que se han querido incorporar en la historia del tópico (algunos de los cuales plantean el problema tan traído y llevado en los últimos años de la “utilización de la Biblia dentro de la Biblia”) <sup>94</sup>. Analizando la idea — ¿o debería decir más bien las imágenes? — de la caducidad en la Sagrada Escritura, demostrarán, creo, su carácter secundario y como instrumental frente al concepto siempre presente de la continuidad (Noé, hifil de *nuah*, ‘lo que permanece’).

Los historiadores de la cultura ilustrarán la adaptación — o no adaptación — del tópico, de por sí ajeno a una concepción religiosa de la vida, en el ambiente cristiano.

<sup>92</sup> Para el tópico cf. R. CURTIUS, *J. M. und der Kaisergedanke*, en *Zeitschrift für romanische Philologie*, LII, 1932, págs. 129-152, ahora en *Gesammelte Aufsätze zur romanischen Philologie*, Berna, 1960, págs. 354-372, y para la historia A. SERRANO, *Personalidad y destino de J. M.*, Madrid, 1966.

<sup>93</sup> *Merecimiento* aquí parece ser de polo positivo, aunque hemos de advertir que en esta época se halla más veces como concepto neutro; cf. p. ej., “secundum meritum operum tuorum”, en *Ecl.* 16:15 (“segund el merecimiento de tus obras”).

Los lingüistas nos instruirán sobre el valor denotativo o connotativo de la interrogación (sin o con cópula) cuando se emplea para negar, sobre las formas en que en modo interrogativo se ha expresado la inexistencia (en las lenguas sagradas y en las vernáculos, y en los varios niveles y ámbitos de las mismas), y cómo se ha llegado al *¿Qué fue?* peculiar del castellano<sup>95</sup>. Los filólogos y los historiadores de la literatura deslindarán mejor los contornos del tópico en la relación entre contenido y forma y analizarán el papel que desempeña entre “aque- llos lugares donde más lumbre y testimonio fulgen” (y ahondarán, por otro lado, en el estudio de las relaciones entre literatura

<sup>94</sup> Nuestros pasajes no se hallan entre los que reúne I. WÄCHTER, *Der Tod im Alten Testament* (Stuttgart, 1967), págs. 97-102, entre las “imágenes de la caducidad” (*Baruc*, además, no entra en su *corpus*). El autor amonesta con razón contra la costumbre de darse por satisfechos con los “florilegios” de citas, y muestra cómo en sus respectivos contextos dichas citas obedecen a un fin ulterior (págs. 102-106).

<sup>95</sup> Nótese cómo las traducciones, p. ej., las del español al italiano, vacilan entre la literalidad, pero con oscilación entre el presente y el pretérito perfecto: “¿Qué fue de tanto galán, / qué de tanta invención...?” — “Che n'è di tanta cortesia / che della callidità” 184-5, en C. CANGIOTTI, *Le Coplas di Manrique tra Medioevo e Umanesimo* (Bologna, 1964; para el error de traducción cf. mi reseña en *NRFH*, t. XX [1970], págs. 132-135), “¿qué fue de ello?” 177 — “che n'è stato?” idem, y la interpretación (muy poética): “¿Qué se hizo el rey don Juan” 181 — “Qual destino ebbe don Giovanni?” de modo parecido había traducido anteriormente M. PINNA: “Quale sorte ebbe don Juan?”, en *Manrique. Poesie* (Florencia, 1962). Este, además, reintroduce la forma literal del *¿Ubi sunt?* al traducir los vv. 184-185 con “Dov' è la galanteria / dove tante novità?” (la otra forma también idiomática “¿Cuál se para?”, 90, la traducen respectivamente CANGIOTTI y PINNA con “che ne avviene?” y “... non è ormani / tutto fuggito?”, que excluye una contestación homogénea calificativa). Será oportuno, además, que se sondee en la lengua actual la sugestión poética de la forma interrogativa, mucho más propia, a mi ver, de la pregunta realmente “abierta” como la que A. MACHADO dirige a su amigo, pesaroso por la muerte de su esposa, “¿Hay ciruelos en flor? ¿quedan violetas?” “A José María Palacio” en *Campos de Castilla*, n. CXXVI en la citada ed., pág. 504, que del *¿dónde está(n)?*, como más inmediatamente ordenado a una contestación, como cuando el mismo A. MACHADO se pregunta, pesaroso de que la alegría haya pasado por su puerta: “¿Dónde están los huertos floridos de rosas?”, en *Canciones*, n. XLIII, *ibid.*, pág. 290. El grado ínfimo, en cuanto a posibilidades poéticas, lo ocupan, a mi ver, las transposiciones modernas, de tipo inmanente, que pretenden volver al revés el *¿Ubi sunt?*, como aquel “Yo pregunto: ¿Qué llevaste / al mundo donde hoy estás?”.

y arte que en este período convergen en la observación del particular concreto)<sup>96</sup>.

Los críticos literarios y los poetas, sorteando cuidadosamente el señuelo que se esconde bajo el concepto anacrónico de añoranza (“dulce goce del vivir”), nos explicarán cómo puede ser objeto de poesía la belleza no deseada (o sea lo bello sin posesión), cual se nos presenta ya en aquellos “lirios del campo” que Cristo señalaba como flor de un día, y culmina en la poesía de S. Juan de la Cruz (“ni cogeré las flores...”). Manrique ha sabido evocar una realidad con pinceladas maestras, escogiendo los rasgos más salientes en imágenes estilizadas.

Por mi parte, he intentado describir (aunque muy someramente) cómo la fórmula interrogativa del *Ubi sunt* al transformarse de *(d)ó(nde) es(tá)* en *Qué fue (de)* y en *Qué fueron sino* se abrió hacia las comparaciones (bíblicas) de la caducidad y confluó con preguntas del tipo “quid sunt mundana omnia nisi quaedam vana somnia?” (S. Buenaventura), y cómo en una poesía, que por su melodiosa complejidad preludia el Renacimiento, se revivifica el tópico, puesto al servicio de la fe cristiana como medio para avivar la mente de los hombres y abrir los corazones hacia la esperanza de la redención.

MARGHERITA MORREALE.

Università di Padova.

<sup>96</sup> Cf. E. MORENO BÁEZ, *El Gótico nominalista y las “Coplas de Jorge Manrique”*, en *RFE*, LIII, 1970, págs. 95-113.